

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

RALPH BARBY

CON EL SUDOR DEL PROJIMO

Las campanadas sonaban en grupos de cuatro, y su tañido, brotando del mejor bronce que un artesano germánico había podido obtener, llegaba hasta los últimos confines del área del Liberty Garden, allá donde vivían y se educaban para ser los mejores y, al mismo tiempo, los más humildes, los más sanos y fuertes, jóvenes de ambos sexos del mundo entero, chicos y chicas de todas las razas, que no creían en un mundo corrompido, y que se instruían para aportar luego su granito de arena, buscando obtener un mundo mejor, una humanidad superior.

Todos los que allí estaban habían sido recogidos y protegidos por Moses Pacific Savage, más conocido por M. P. Savage o el Star-Budoka, como algunos le llamaban, pese a que jamás había competido en budokanes o kodokanes oficiales. Sólo se había exhibido, y no en exceso.

M. P. Savage, verdadero ídolo de cuantos estaban en Liberty Garden, sufragaba todos los gastos que comportaba el mantenimiento de aquel área de enseñanza, cultura y especialización en las artes marciales.

Mas, no sólo estaban los dojos, las meditaciones en el templo, la enseñanza del yoga, la exquisita cortesía, la frugalidad en la alimentación, el endurecimiento y resistencia ante los elementos de la Naturaleza, sino que todos, allí, aprendían un oficio, una profesión, por humilde que ésta fuera.

Los había que se intelectualizaban mucho; por contra, otros preferían los trabajos manuales. Sin embargo, todos cultivaban la tierra durante dos horas al día para llegar a conocerla y amarla. Todos realizaban trabajos manuales y todos tenían que aumentar su cultura, aunque después cada uno de los miembros de aquella comunidad de aprendizaje para ser hombres perfectos que escaparan a la degradación, se especializaba según sus peculiaridades propias.

Liberty Garden era un área secreta que casi se sustentaba en sí misma; sólo en contadas ocasiones y por conductos enrevesados, les llegaban los suministros de los que carecían.

M. P. Savage sabía que, sí era descubierto el emplazamiento de Liberty Garden, el mundo, lo destruiría.

Los diferentes sistemas de imperialismo, fueran cuales fuesen, intentarían hacer desaparecer Liberty Garden, dándose cuenta de que los hombres y mujeres que de allí salieran no admitirían jamás el engaño ni la explotación de sí mismos, ni de ningún otro ser humano.



Ralph Barby

Con el sudor del prójimo

Bolsilibros: KIAI - 2

ePub r1.1
xico_weno 24.11.15

Título original: *Con el sudor del prójimo*
Ralph Barby, 1977

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CAPÍTULO PRIMERO

Comenzó a sonar la campana que sobresalía por encima de la cúpula del Templo de las Meditaciones, un templo extrañamente construido. No era una pagoda, un templo griego, romano ni egipcio, era algo más. Era la funcionalidad misma.

Grandes y elevadas columnas sostenían un techo que carecía de paredes, y la Naturaleza penetraba en aquel recinto en forma de plantas y peces, que nadaban por canalitos de agua limpia y en constante movimiento.

El Templo de las Meditaciones daba cabida a todos los miembros del Liberty Garden.

Allí, cada cual podía orar en su lengua al dios o dioses de su religión, y si era nihilista o agnóstico, simplemente meditaba, ayudados todos por las técnicas de concentración del zen.

El Templo de las Meditaciones no era racial ni segregacionista, social o religioso; era lo más ecuménico que un templo podía ser para que hombres y mujeres se sintieran hermanados y capaces de brindarse mutuo amor y respeto.

Las campanadas sonaban en grupos de cuatro, y su tañido, brotando del mejor bronce que un artesano germánico había podido obtener, llegaba hasta los últimos confines del área del Liberty Garden, allá donde vivían y se educaban para ser los mejores y, al mismo tiempo, los más humildes, los más sanos y fuertes, jóvenes de ambos sexos del mundo entero, chicos y chicas de todas las razas, que no creían en un mundo corrompido, y que se instruían para aportar luego su granito de arena, buscando obtener un mundo mejor, una humanidad superior.

Todos los que allí estaban habían sido recogidos y protegidos por Moses Pacific Savage, más conocido por M. P. Savage o el Star-Budoka, como algunos le llamaban, pese a que jamás había competido en budokanes o kodokanes oficiales. Sólo se había

exhibido, y no en exceso.

M. P. Savage, verdadero ídolo de cuantos estaban en Liberty Garden, sufragaba todos los gastos que comportaba el mantenimiento de aquel área de enseñanza, cultura y especialización en las artes marciales.

Mas, no sólo estaban los *dojos*[1], las meditaciones en el templo, la enseñanza del yoga, la exquisita cortesía, la frugalidad en la alimentación, el endurecimiento y resistencia ante los elementos de la Naturaleza, sino que todos, allí, aprendían un oficio, una profesión, por humilde que ésta fuera.

Los había que se intelectualizaban mucho; por contra, otros preferían los trabajos manuales. Sin embargo, todos cultivaban la tierra durante dos horas al día para llegar a conocerla y amarla. Todos realizaban trabajos manuales y todos tenían que aumentar su cultura, aunque después cada uno de los miembros de aquella comunidad de aprendizaje para ser hombres perfectos que escaparan a la degradación, se especializaba según sus peculiaridades propias.

Liberty Garden era un área secreta que casi se sustentaba en sí misma; sólo en contadas ocasiones y por conductos enrevesados, les llegaban los suministros de los que carecían.

M. P. Savage sabía que, sí era descubierto el emplazamiento de Liberty Garden, el mundo, lo destruiría.

Los diferentes sistemas de imperialismo, fueran cuales fuesen, intentarían hacer desaparecer Liberty Garden, dándose cuenta de que los hombres y mujeres que de allí salieran no admitirían jamás el engaño ni la explotación de sí mismos, ni de ningún otro ser humano.

Desde toda el área del Liberty Garden vieron llegar la «Piper Jet» a reacción, propiedad de M. P. Savage, y que utilizaba para muchos de sus desplazamientos, en especial para llegar a Liberty Garden.

Todos sentían gran alegría cuando llegaba M. P. Savage, mas nadie interrumpía sus labores, como era cultivar la tierra, tallar la madera o forjar el hierro.

La disciplina era básica en Liberty Garden, semejaba una paradoja, mas no era así, porque la disciplina no venía de una

dirección que oprimía y ordenaba, sino desde el interior de cada uno.

Era la más dura y difícil de las disciplinas: la autodisciplina. Sin ella, jamás se podría llegar a tener el *do*[2], y si no tenía *do*, tampoco se podía ser un budoka.

Ciertamente, se podían aprender las artes marciales sin tener *do*, pero entonces, el hombre no era lo que allí aspiraban a ser todos, sino una fiera peligrosa, preparada para matar.

Las campanadas sonaban a un ritmo cadencioso, en grupos de cuatro.

Por encima de la gran cúpula, volaba en círculo una bandada de palomas blancas; quizá aguardaba a que la campana dejara de tañir para volver a posarse sobre la cúpula o adentrarse caminando por el enlosado del Templo de las Meditaciones.

La llamada fue atendida desde todos los puntos, todos la esperaban.

Abandonaron sus respectivas tareas y se dirigieron a sus hábitats comunales, especie de *kibbutz*, donde vivían en grupos de dos docenas.

Se lavaron, y lo mismo chicos que chicas se vistieron con sencillísimos saris blancos, anaranjados, amarillos o violáceos, que eran la humildad misma, por su simplicidad.

Se dirigieron al gran *budokan*, equivalente a un área deportiva occidental. Sus medidas aproximadas eran las de un campo para jugar al baloncesto, pero allí no había ni hormigón ni acero.

Los miembros del Liberty Garden habían hecho sus bancos de madera escalonados para mejor contemplar las competiciones.

Abajo, hierba perfectamente recortada y limpia y, sobre ella, dejando unos pasillos alrededor, y a sólo medio metro de altura, estaba el gran *tatami*.

La base era de madera de ciprés y encima se hallaba la gran colchoneta de paja de arroz prensada. Bordada en el centro de la colchoneta, una gran flor de cerezo, emblema de los samuráis, la bella y efímera flor que cuando desaparecía no lo hacía sin dejar su fruto.

El anciano Sensei, vestido con un sari de honor color púrpura, anduvo con sus pies descalzos sobre la hierba en derredor del *tatami*, hasta colocarse tras la mesa presidencial que, de ordinario,

servía para juzgar las competiciones importantes que allí se celebraban. Aquel *budokan* no era un simple *dojo* de entrenamiento.

—Hermanos de esta comunidad —comenzó a hablar con su voz todavía firme—. Moses Pacific Savage, fundador y sostenedor de esta escuela que no es sólo de budokas, chicos y chicas, sino de auténticos hombres y mujeres, ha venido una vez más personalmente para saludarnos y abrazarnos, para compartir nuestros alimentos, para que nuestras almas se fundan y todos nos amemos en la paz que anhelamos. Le acompaña el gran Roshenko.

Se elevó un murmullo entre los que ocupaban los bancos para espectadores. El anciano, sin impacientarse, aguardó a que se produjera el silencio de nuevo, sin demandarlo, y luego prosiguió:

—Roshenko, como ya sabéis por las informaciones que nos llegan, es un mogol que fue campeón de sambo en la URSS, y después abandonó su nación, problema que a nosotros no nos incumbe, porque hemos de ser disciplinados, pero libres, respetando cada cual la libertad del prójimo.

»Roshenko, supercampeón de sambo, al pasar por Hong Kong, Formosa y Japón, se adiestró en las artes especiales del Tae Kwon Do, del que es un verdadero maestro por su peso y peculiaridades físicas, añadiéndole algunas variantes que, en el fondo, no se apartan de las reglas estrictas. Nuestro hermano M. P. Savage ha traído a Roshenko para que nos ofrezca una demostración de su especialísimo Tae Kwon Do, del que podremos aprender.

Aparecieron Roshenko y el propio M. P. Savage, vestidos con sus *karateguis* respectivos.

M. P. Savage lo utilizaba siempre morado, el color del pensamiento, ya que no participaba en ninguna competición oficial, sino en exhibiciones.

Roshenko saludó ceremoniosamente ante la mesa de jueces, y luego a los espectadores en general, la mayoría de ellos muchachitos con ojos ávidos de aprender.

Roshenko era un sujeto alto y fornido, de robustas espaldas.

Su corpulencia resultaba engañosa, pues de todos era conocida su fabulosa agilidad. Era un maestro indiscutible del Tae Kwon Do o

karate volador manos vacías, pero cuyos *atemis* podían ser mortales, máxime al emplear codos, rodillas, talones y pies en general.

M. P. Savage, fundador y mantenedor de aquel lugar de paz y enseñanza, de creación de auténticos budokas para el mundo, saludó ceremoniosamente a todos entre aplausos.

Acercándose al anciano Sensei, se abrazaron. Después regresó al *tatami*, miró a Roshenko y le saludó con una inclinación de cabeza.

Se colocó en posición *zeiza* para concentrarse, y Roshenko le imitó. Ambos permanecieron así por espacio de tres minutos.

Moses P. Savage mantendría luego muchos cambios de impresiones con todos aquellos jóvenes que él mismo había sacado de suburbios de los diversos países por los que había pasado.

Les conocía casi íntimamente, sabía de sus problemas.

Muchos de ellos habían pasado por reformatorios, la sociedad les había marginado.

Estaban inadaptados y en Liberty Garden habían encontrado la paz, la comprensión, el compañerismo y la entrega; todo lo que Moses P. Savage les había ofrecido, sin defraudarles luego.

En aquellos momentos, Roshenko iba a hacer la gran demostración del karate volador, una de las más peligrosas y mortales artes marciales orientales.

Los jóvenes espectadores y los maestros permanecían también en silencio para no turbar la concentración mental de los dos luchadores, antes de iniciar su enfrentamiento, aunque ignoraban si M. P. Savage emplearía también el Tae Kwon Do como réplica o utilizaría otro arte de ataque o de defensa.

Terminó la concentración, se miraron a los ojos y Roshenko se dispuso a doblegar al hasta aquel momento invencible Star-Budoka, un hombre alto, espigado, de cabellos lacios intensamente negros y ojos verdes, frente despejada y mandíbula resistente.

Algunos aseguraban que su sangre estaba mezclada, mitad americana y mitad asiática. Otros opinaban que no, que era norteafricano, y había quien decía que era japonés. En realidad, ni él mismo lo sabía, su historia era algo complicada.

—¡¡Kíaiiiiiii!! —Fue el grito ronco y feroz de Roshenko, al lanzarse volando con el talón derecho por delante mientras su cuerpo, supuestamente pesado, giraba sobre sí mismo en el aire para mejor alcanzar a su adversario en la barbilla.

Aquel *kiai* brotado de lo más hondo de las entrañas de Roshenko, estremeció a los jóvenes espectadores.

Aquel grito tenía una fuerza capaz de hacer tambalear a un hombre normal. Casi taponaba los oídos por el impacto acústico y los cabellos de Roshenko se erizaron.

M. P. Savage esperaba aquel ataque, aquel terrible *kiai*. Savage tenía un *kiai* silencioso pero conturbador como el *kiai* más ruidoso, bronco y ensordecedor; sin embargo, en aquel momento no lo empleó.

Los alumnos de Liberty Garden vieron, estremecidos, cómo su ídolo empleaba el arte de Mushindo Karate Do, la técnica china del templo de Shaolin: Moverse en círculos todo él, evitando la fuerza del empuje y los impactos del adversario, sin replicar con impactos.

El talón de Roshenko no consiguió alcanzar en la mandíbula a Savage; sin embargo, como el cuerpo seguía volando y, como efecto secundario, aplicó un segundo y un tercer *atemi*.

Primero el codo buscó la base superior del tabique nasal, fallando; luego, el canto de la mano diestra trató de alcanzar el pecho, justo en el esternón, ligeramente a su derecha para provocar un paro cardíaco.

Mas Roshenko no encontró nada, voló por el aire y cayó al otro lado del *tatami*, sin haber conseguido chocar con su adversario, que le miraba con una tranquilidad y una serenidad asombrosas.

Savage no contraatacaba, se mantenía en el arte del Mushindo Karate Do de Shaolin. Todo él realizaba pequeños círculos; sus muñecas, sus brazos, su cabeza, su cintura, sus pies, cambiaban de posición de forma suave y armoniosa.

No eran los saltitos de un boxeador; era algo sutil y difícil de descubrir.

El mogol comprendió que él había iniciado el ataque y que Savage se iba a dedicar simplemente a la defensa. Quería dejarlo en ridículo y Roshenko no estaba dispuesto a consentirlo.

No obstante, Roshenko tenía una ventaja de su parte: M. P. Savage, delante de sus muchachos, no parecía querer atacarle con impacto de manos, codos, rodillas o pies; les estaba enseñando, a costa del mogol, el arte de defenderse sin lastimar al enemigo, dejando que el propio adversario se hiciera daño a sí mismo.

—*¡¡Kiai!!* —rugió Roshenko, volando de nuevo.

Esta vez no giró sobre sí mismo; lanzó sus dos pies por delante, con el cuerpo tenso como un ariete dirigido contra el tórax de su contrincante.

Sabía que aquel empuje, lanzado con fuerza extraordinaria, podía ser capaz de derribar un árbol cuyo tronco tuviera unos quince centímetros de diámetro, y si alcanzaba a un hombre en el pecho, le iba a hundir el esternón, con las costillas incluidas.

Savage se dejó caer hacia atrás. Aplicó sus palmas bajo el cuerpo del atacante y le ayudó a seguir volando con la propia fuerza empleada por el mogol. Le bastó empujarlo con las manos, y Roshenko se salió del *tatami*.

Dio contra un banco de madera y lo partió. Rugió al caer sobre la hierba; se puso en pie y volvió a caer. Trató de recuperarse y cayó de nuevo.

—Me has vencido, Savage.

La pelea había sido corta, muy corta. Era para defraudar, pues se podía haber aprendido mucho de ella; sin embargo, los alumnos aplaudieron calurosamente a su ídolo Savage, por aquella demostración de cómo librarse de un adversario peligrosísimo, sin siquiera golpearle, haciendo que él mismo se estrellara contra un lugar duro, donde se había fracturado el pie.

Se llevaban a Roshenko en unas parihuelas, para curarle.

Liberty Garden tenía su enfermería, con todo lo necesario. El área estaba dotada con los mejores adelantos, no en vano M. P. Savage invertía allí grandes sumas de dinero para que no faltara nada a sus protegidos y se convirtieran en los mejores budokas del mundo, a la vez que se encontraran a sí mismos.

Para brindar un poco más de exhibición a quienes le consideraban como al hermano mayor, que les tendía la mano que la sociedad les negaba, marginándolos, Moses P. Savage practicó con los más adelantados el arte del Aikido, incluso el karate, marcando los golpes, sin dar el impacto que podía fracturar un hueso o matar a un hombre.

Todos se daban cuenta de que Moses P. Savage era un budoka perfecto. Él, personalmente, prefería practicar las artes marciales de las manos vacías, aunque para exhibiciones también era un maestro en kendo.

Podía manejar la *katana*, o sable de los samuráis, con una gran pericia, pero delante de sus alumnos o seguidores, optaba por utilizar siempre el *shinai* imitación en bambú de la *katana* que podía matar, separando una cabeza del tronco con un solo y certero golpe.

Fue fiesta grande para la singular comunidad de Liberty Garden. Al día siguiente, ayudaron a Roshenko a subir a la «Piper Jet», pues pasaron la noche allí.

Moses P. Savage corrió las cortinas de las ventanillas del pequeño reactor para que Roshenko no pudiera ver nada, desde el aire. La situación de Liberty Garden era secreta. Moses P. Savage tenía demasiados y furibundos enemigos en todo el mundo, y si descubrían la ubicación de su escuela de budokas, de los justicieros del futuro, la destruirían, aunque sólo fuera para vengarse de él.

Nadie podía saber en qué lugar de la Tierra estaba Liberty Garden, ni los propios muchachos que allí vivían. Siempre podía aparecer un Judas y venderse a los enemigos de Savage, especialmente las organizaciones de sicarios internacionales.

Moses P. Savage sabía qué existía una organización de sicarios orientales con la misión de destruirle, mas no se preocupaba demasiado; las amenazas de muerte le habían llegado a millares, pero él seguía con su línea de conducta, sin modificarla lo más mínimo.

Pronto saldrían de Liberty Garden hombres formados como él, justicieros del mundo, que serían tratados como simples oportunistas, chantajistas o raqueteros por los que manejaban la prensa con el dinero robado al prójimo.

No importaba ser calumniado ni perseguido; siempre habría quien creyera en él, y ninguna justicia de ningún país del mundo podía encausarle por delito alguno, aunque muchos jefes de policía, venales, o políticos demagógicos, lo intentaran.

Lo cierto era que le temían. M. P. Savage sabía demasiado, tenía excelentes archivos, y podía destrozar a mucha gente; sin embargo, antes de hacer algo, solía sopesar la situación para no perjudicar jamás a un inocente.

Por esa causa, algunos canallas seguían sin sufrir el impacto justiciero del que antaño fuera el niño rebelde de la base norteamericana de Okinawa.

El mogol desertor de su patria tenía muy en cuenta las

advertencias de Moses P. Savage: No podía descorrer ninguna de las cortinillas del avión para ver, y, a través del cristal del parabrisas y en la situación en que se hallaba colocado, sólo podía ver el cielo.

No había forma de contemplar lo que había debajo para luego descubrir, aproximadamente por lo menos el lugar del mundo donde se ubicaba Liberty Garden, el paraíso de los budokas, de los justicieros del futuro, de los incorruptibles; seres que no buscaban el lucro personal sino la justicia y el amor entre los hombres de todas las razas y religiones, empleando para ello, si era preciso, las refinadas, y controladísimas técnicas de las artes marciales orientales, manteniéndose en una estricta autodisciplina y no dejándose llevar jamás por sentimientos personales o instintos animales.

Roshenko sabía todo eso, y tenía una misión concreta, una misión que, de momento, ya le había costado la fractura de un par de huesos del puente del pie derecho.

—Te dejaré en una buena clínica con gastos pagados, no vas a tener problemas de recuperación —le dijo Savage, mientras pilotaba su «Piper». Te revisarán la fractura y la corregirán si es preciso, aunque creo que no será necesario. En Liberty Garden se hacen bien las cosas, en especial las reducciones de fracturas, con una combinación de medicina moderna y técnicas chinas antiquísimas.

—Cuidas mucho a tus chicos, ¿eh?

—Hago lo que debería hacer la sociedad de todo el mundo.

—Hay lugares de reforma para los marginados —le objetó Roshenko.

—Muy pocos y escasos de plazas. Los gobiernos invierten poco dinero en tender la mano y hacer la justicia que predican, y mucho más dinero en represión, reformatorios que no consiguen lo que su nombre pregona: reformar.

—¿Saben las autoridades de los respectivos países de esos muchachos que los tienes aquí, para esa clase de enseñanza?

—Sus papeles están en regla, y oficialmente son adoptados por familias honorables. No voy a explicarte el sistema que utilizo, pero nadie los busca, y ellos tienen sus documentaciones perfectas. Cuando salgan de aquí podrán reintegrarse a sus respectivos países y hacer mucho por sus compatriotas. Nadie les busca, si es a eso a lo que te refieres.

—Una gran obra. He oído hablar de muchas fundaciones, incluso de sectas secretas, pero nada tan perfecto como Liberty Garden. Lo cierto es que, de chico, me hubiera gustado entrar en una organización de esa clase.

—Ya eres mayor, Roshenko, y cuando un hombre está formado totalmente, no cambia. Tiene sus instintos y sus pasiones, y no se pueden modificar. La labor hay que comenzarla en la infancia; el árbol que se tuerce lo estará siempre.

—Darías la vida por ellos, ¿verdad?

—Eso no tiene importancia. Si mi vida vale algo, es simplemente para poder ayudarles.

—Eres un hombre moderno, muy avanzado. Pilotas tu propia avioneta a reacción; sin embargo, tienes el espíritu de los samuráis.

—Ése es el nombre de mi reactor, *Spirit of Samurái*.

—Sí, ya lo sé, lo mismo que el símbolo de Liberty Garden es la flor del cerezo, aunque tu símbolo particular sea la flor del pensamiento.

—Estás muy preocupado por mí, Roshenko.

—¿Cómo no iba a estarlo? Nadie, hasta ahora, me había dado una lección sobre un *tatami* como tú lo has hecho; me he partido el pie con tu técnica de Mushindo Karate Do, mientras yo te atacaba con impactos de Tae Kwon Do, Me lancé tan disparado sobre ti, que no creí que lograras escapar al impacto de mis pies.

—Tienes un *kiai* muy feroz, y tu ataque, en el karate volador, es terrible.

—Pero tú sabes evadirte, con las técnicas nacidas en Shaolin, la cuna del Kung Fu. Me gustaría aprender mucho de ti.

—Cuando estés en condiciones y volvamos a encontrarnos, podemos practicar un poco más.

—Hecho, pero me gustaría más entrar como maestro en Liberty Garden. En Tae Kwon Do no hay quien me mejore.

—Es cierto, pero esa plaza ya está cubierta, Roshenko, lo siento.

—Una lástima.

De debajo del asiento donde la había puesto previamente, Roshenko sacó su arma secreta.

La había escondido con sigilo en la «Piper», la primera vez que había subido a ella.

El arma era pequeña, de quince centímetros tan sólo. Para

muchos, aquello era un simple amuleto exótico. Nadie podía suponer que era un arma, nadie excepto un budoka.

Ningún detector de armas podía descubrirla. Era de madera de teca, color castaño oscuro, madera de las Indias Orientales, incorruptible, durísima y hasta elástica.

Era, ni más ni menos, que un *yawara*, pequeño bastón que se sujetaba con el puño, dando dureza a la mano. Por ambos extremos de la misma salían las puntas del bastón de media pulgada de grosor.

Los *yawaras* podían ser de maderas durísimas o metales para darles mayor contundencia, pero éstos eran detectados al pasar una aduana, aunque siempre se podía alegar que era un simple amuleto.

El de Roshenko era de durísima madera de teca, y los extremos que sobresalían a cada lado de la mano eran sendas cabezas de dragón, con crestas pequeñas pero puntiagudas.

Aquella arma era en apariencia un adorno oriental para dejar encima de cualquier mesa o para que un *hippy* se la llevara como *souvenir* a su regreso de Oriente. En manos de un karateka era terriblemente mortífera.

Podía hundir una bóveda craneana de un solo golpe, y con un destrozo equivalente a la caída de un ladrillo desde un quinto piso sobre la cabeza de un peatón que anduviera por la acera.

Roshenko oprimió en su puño el singular *yawara*.

Las cabezas de dragón estaban talladas y pulimentadas artísticamente, pero de tal forma que resultaba más que difícil que se rompieran con los impactos y su cresta era verdaderamente asesina.

Situado a la espalda de Moses P. Savage, Roshenko estaba seguro de que no iba a verle.

No era un estúpido ni un novato, y se había preparado; su misión estaba en marcha. Le habían enseñado incluso a pilotar una avioneta a reacción, idéntica a la *Spirit of Samurái*, propiedad de Moses P. Savage.

Sólo había un inconveniente, que no había podido prever de antemano. Su pie roto, y eso le restaba movilidad.

Enfrentarse con el pie escayolado y de frente a Moses P. Savage, habría sido suicida, peno armado con su *yawara*, y atacándole por la espalda, tenía todas las probabilidades de éxito.

No obstante, sabía que podía haber algo de lucha y, por ello, con la mano libre y sin que Savage pudiera advertirlo, sacó una aguja de su cinturón. Tanteó en la pierna donde tenía el pie fracturado y se clavó la aguja.

La movió en semicírculo, buscando la línea de fuerza exacta para anestesiar localmente su pie herido, mediante aquel pinchazo de acupuntura, que se hacía a sí mismo.

Aguardó unos segundos hasta notar que el pie ya no iba a causarle problemas; el dolor no lo haría más lento.

Podía mover la pierna hasta la tibia y el peroné, y por debajo del tobillo estaba totalmente anestesiada, gracias a la técnica china de la acupuntura.

Impulsándose hacia delante por la espalda de Moses P. Savage, le atacó con el *yawara*, con intención de partirle la cabeza con un solo y certero impacto, lo que para él, un auténtico especialista en Tae Kwon Do, no era demasiado difícil.

Por un instante, Savage le vio a través del espejo retrovisor que llevaba delante y que, de ordinario, le servía para ver a sus pasajeros. Fue tarde…

Pese a que movió la cabeza, notó el impacto y cayó de costado, mientras el pelo se teñía de rojo, por la sangre.

Roshenko lanzó una risotada. Lo había conseguido y no podía estar lejos de Liberty Garden. Daría una vuelta hasta encontrar el lugar y luego, mediante señales de radio cruzadas, establecería su posición en el cielo y, en consecuencia, la de Liberty Garden. Otros ya se encargarían de destruir aquella escuela de budokas justicieros, que tanto había empezado a preocupar a los mañosos, políticos, demagogos y capitalistas esclavizadores.

Roshenko se sentó en la butaca del piloto para adueñarse de la nave, pero Savage abrió los ojos.

Girar la cabeza a tiempo le había salvado del letal impacto de la cabeza de dragón del *yawara* el arma que Roshenko ya había guardado en su bolsillo.

Era cierto que había recibido un impacto brutal, y no sólo le había hecho un corte en el cuero cabelludo, sino que debía tener una terrible herida en el cráneo, pero no le había estallado como creía Roshenko.

Savage se sentía como si se hubiera bebido un galón de *whisky*,

le hubieran inyectado una sobredosis de droga o le hubiesen introducido en la cabeza una botella de ácido fórmico; mas no se dejaría vencer por aquel traidor, que tan bien había preparado la misión que estaba a punto de conseguir.

Desde el suelo actuaría en desventaja y con la herida en la cabeza, ignoraba cómo respondería todo su cuerpo.

Cerró los ojos y se concentró, rebajando la palpitación cardíaca y haciendo casi desaparecer los movimientos de sus pulmones.

Al fin, abrió los ojos tras la meditación zazen e, hinchando sus pulmones de aire, aspiró lenta, pero intensamente, por la nariz.

Miró fijamente a Roshenko, que estaba pilotando la «Piper».

Lanzó su *kiai* silencioso, un *kiai* que le hinchaba la garganta y cambiaba el brillo de sus ojos, pese a ser inaudible. Quizá sólo un perro, con su oído ultrasónico, pudiera escucharle, mas era un *kiai* con tanta fuerza que Roshenko lo captó y volvió la cabeza cuando Savage se lanzaba al ataque, empleando entonces la técnica del Tae Kwon Do, en la que el propio Roshenko era un superbudoka.

Le acertó en la cara con tal fuerza que lo arrancó del asiento.

La avioneta efectuó una peligrosísima cabriola en el aire, y ambos rodaron por su interior. La lucha fue a muerte.

Roshenko, con su pie escayolado, pero anestesiado y, por lo tanto, sin problemas de dolor, intentó asestarle un *atemi waza* en el *tsurigane*. De conseguirlo, habría de provocar tal intenso dolor que ya tendría, en parte, vencido a su enemigo.

Savage cambió de postura, esquivando aquel golpe vital en sus partes genitales. La escayola se hizo pedazos centra el suelo, que se rajó en parte.

A manos vacías, Savage le lanzó también un *atemi waza* bajo las tetillas.

El *shikon* alcanzó a Roshenko en el punto vital, y cayó contra una butaca. Dio la vuelta por encima de la misma, pero había sabido escapar al *shikon* echándose hacia atrás y reduciendo la fuerza del impacto, aunque notó que por lo menos una de sus costillas se había hundido.

Roshenko abrió la puerta del reactor con el golpe fortuito, y la diferencia de presión, ya que volaban a diez mil metros de altura, lo succionó violentamente hacia el exterior.

Quiso agarrarse a los lados de la puerta, pero salió volando por

el espacio. Abajo, un inmenso océano.

Papeles y objetos fueron también engullidos a través de la puerta, por diferencia de presión. Moses P. Savage perdió el equilibrio, y no resultó también absorbido porque su cuerpo quedó atravesado entre unas butacas.

La *Spirit of Samurái* bailó en el aire. Dando vueltas sobre sí mismo, el cuerpo de Moses P. Savage fue golpeando de un lado a otro. En una de las ocasiones estuvo a punto de pasar por la puerta al vacío, y abajo esperaba el gran océano. Mas no cayó, y tampoco fue succionado, porque la presión interior del aparato ya se había nivelado con la exterior.

El pequeño reactor fue perdiendo altura, y cuando estaba por debajo de los dos mil metros y seguía descendiendo para estrellarse contra las aguas, Savage recobró el conocimiento.

Miró la puerta abierta y comprendió lo ocurrido.

Se tocó la cabeza herida y sacó la mano empapada de sangre.

Sus ojos grandes y de color verdoso se fijaron en el panel de mandos y se arrastró hasta él. Conectó el piloto automático cuando ya la *Spirit of Samurái* iba a capotar contra las aguas, desapareciendo bajo ellas.

El piloto automático funcionó, y el pequeño reactor efectuó un brusco giro antes de llegar al océano, volviendo a elevarse.

Tambaleante, Savage se acercó a la puerta y la cerró. Después se dejó caer en una butaca, dejando que la «Piper» volara con el piloto automático. Si éste no fallaba, estaba salvada.

CAPÍTULO II

Moses Pacific Savage, durante los días que duró su restablecimiento en una cabaña situada en un valle tibetano, donde su avión podía aterrizar sin que nadie lo advirtiera, no dejó de pensar en Roshenko.

Ahora estaba seguro de que la secta de sicarios iba tras él para descubrirle, y también su Liberty Garden. En el futuro, no podría descuidarse.

¿Quiénes eran? No lo sabía. ¿Dónde tenían su cuartel general? Lo ignoraba. Podía ser un lugar concreto de la Tierra o el mundo en general. ¿Quién sería el cerebro de la secta de los sicarios? Le gustaría averiguarlo.

Savage tenía muchos enemigos, y cualquiera de ellos podía pagar para que le aniquilaran a él y a su Liberty Garden, la secreta universidad de budokas justicieros.

En adelante, le buscarían por todas partes del mundo, lo que no quitaba que algún resentido, cuyos manejos habían sido desenmascarados por Moses P. Savage, pagara a otros sicarios vulgares para que le mataran.

Pese a esta constante amenaza que pesaría sobre él por vida, no cejaría en su labor justiciera, que muchos calificaban de juego sucio.

No podía negar que, en ocasiones, empleaba las más sutiles y astutas tretas para vencer y desenmascarar a los sujetos u organizaciones que tomaba como objetivo.

En cualquier momento podía ser atacado a traición por alguien de la secta de los sicarios, mas no por ello detendría su labor de defender al débil y arremeter contra canallas codiciosos, ladrones y asesinos; a fin de cuentas, también podía morir si su «Piper» fallaba o el automóvil en el que viajaba chocaba de frente contra un camión cargado de gas propano.

Moses P. Savage había aprendido a no temer a la muerte; no es que hubiera nacido sin ese miedo natural, es que había logrado controlarlo, gracias a las enseñanzas de sus maestros.

Su vida estaría en constante peligro, pero sabría defenderse, especialmente hasta que su Liberty Garden funcionara por sí solo y ya hubieran salido de allí varios jóvenes capaces de continuar lo que él había iniciado.

La vida de Moses P. Savage siempre había sido azarosa, desde el mismo momento en que nació en una lancha neumática perdida a la deriva en las aguas del océano, tras caer el avión que había despegado de la base norteamericana de Okinawa, rumbo a Estados Unidos.

Su madre había muerto, siendo su cadáver arrojado al mar por el enfermero que le había ayudado a nacer, un enfermero que había enloquecido bajo el sol del Océano Pacífico y la sed padecida, y jamás había sabido explicar de quién era hijo aquel bebé nacido en el lanchón neumático y rescatado después por unos barcos pesqueros.

El enfermero no había recobrado la normalidad mental y se hallaba recluido en el hospital psiquiátrico militar de San Diego.

De cuando en cuando, Moses P. Savage iba a visitarlo y, sobre la mesita blanca de su habitación, le dejaba invariablemente una sola y hermosa flor pensamiento, como símbolo del recuerdo.

El enfermero le sonreía y continuaba sin recordar, su mente no se había recobrado de la desesperada situación vivida en el lanchón, tras la caída del avión al mar.

Le habían puesto aquellos nombres en la base militar de Okinawa, a falta del que verdaderamente le correspondía. Moses, por ser hallado en una lancha perdida en el mar; Pacific por el propio lugar donde naciera, el Océano Pacífico, y por último, Savage, por el carácter indómito que había mostrado desde la infancia ya que, a falta de unos padres, había crecido inadaptado.

Los hijos de militares, que sí tenían padres, le habían maltratado diciendo de él que llevaba en sus venas sangre japonesa, de lo cual nadie estaba seguro, ni el propio Savage.

La dureza de su vida de huérfano recogido en la base militar de Okinawa, a la espera de que alguien lo reclamara, le había hecho rebelde y duro, y algunos niños habían sufrido sus golpes. Luego,

éstos se habían unido para golpearle a él hasta que un cocinero nipón de la base lo tomó a su cargo, iniciándole en las técnicas del judo.

El pequeño Savage, como solían llamarle, demostró unas aptitudes físicas y mentales excepcionales para ser un superbudoka.

Muchas veces recordaba Moses P. Savage su vida infantil y juvenil, huérfano e ignorante de quiénes eran sus padres e incluso de qué sangre corría por sus venas.

Era ciudadano americano, más se había inclinado por el espíritu oriental, que era el que lo había centrado y autodisciplinado, convirtiéndole en un hombre totalmente entregado a ayudar a los demás, especialmente a los jóvenes inadaptados y marginados de las grandes ciudades, y que los sistemas de reformatorios al uso no habían sabido encauzar. No les habían dedicado el tiempo suficiente, y tampoco el amor necesario para que dejaran de ser ladrones callejeros, futura carne de presidio.

Recordaba todo aquello y no desfallecía, pese a los ataques físicos, casi mortales, como el de Roshenko, que había desaparecido en el océano al caer de la *Spirit of Samurái* desde diez mil metros de altura, o las calumnias que se habían publicado en su contra, en varias revistas y periódicos de los más diversos países de la Tierra.

Pensando en su Liberty Garden, no flaqueaba.

Era muy joven y tenía una gran tarea que llevar a cabo, por ello no decaía. Su Sensei, el anciano chino que dirigía las disciplinas mentales en Liberty Garden, era quien lo había mentalizado a él.

Desde su refugio solitario del Tíbet, y mediante un emisor radial especial de infrarrojos, con puntos de repetición secretos, había comenzado a planear su nueva operación de limpieza.

En aquella ocasión, su objetivo se llamaba Rusell, ciudadano norteamericano residente en Brasil.

En USA había orden de caza y captura en su contra, pero él vivía como un magnate en Brasil.

La justicia norteamericana nada podía en su contra, pero Moses Pacific Savage, sí; bueno, podía, si antes no lo eliminaba alguien que quisiera vengarse de él, los propios matones de Rusell o la secta oriental de sicarios que había aparecido como una espada de Damocles sobre su cabeza, y de la que le iba a ser difícil librarse en toda su vida.

Si no acababan con él, Savage, el Star-Budoka, el hombre que hacía estremecer a las mujeres, el hombre que hacía grandes reportajes periodísticos y televisivos en su calidad de *free-lance*[3] del mundo de la información, terminaría con el magnate Rusell, costara lo que costara y aunque tuviera que emplear las artimañas más ladinas.

Rusell, en su residencia del Brasil, disfrutando de sus millones, de sus orgías, de su poder, ignoraba que en la mente de Moses P. Savage se había cincelado su nombre, y que ya no se borraría hasta que hubiera acabado con él.

Dos días después de mantener la última comunicación con Juanito Chancleta, Moses P. Savage pidió por radio a los controladores aéreos del aeropuerto de Santos Dumont, pista para aterrizaje.

Chancleta era uno de sus amigos y un eficaz colaborador. El puertorriqueño de metro cincuenta y cinco de estatura frente al metro ochenta y cinco del propio Savage, y con apenas cincuenta kilos de peso, resultaba un hombre tremendamente ágil.

En el aeropuerto le estarían aguardando sus amigos, ambos budokas en potencia, porque el puertorriqueño, además de un reportero gráfico, que manejaba la cámara de filmación con verdadero arte, era equilibrista y funámbulo.

Savage lo había encontrado, de muchacho, en un circo donde estaba siendo explotado por el empresario.

Savage le había ofrecido una vida apasionante, pero llena de riesgos, y así se lo había anticipado.

Juanito Chancleta, al que llamaban simplemente Chancleta, era un experto en el Tae Kwon Do, favoreciéndole su escaso peso, pero el arte oriental que más le iba era el Bo-Jutsu.

Era un as de todo lo referente al *bo*[4]. Manejando el bastón podía liberarse de varios atacantes a la vez, en especial si utilizaba el *Bo-Jo*, que medía un metro veinte centímetros de largo, y le permitía mantener a sus enemigos a distancia.

Pero igualmente salía bien parado en una emergencia cogiendo el bastón de cualquier anciano o invidente, aunque no tuviera las medidas ortodoxas.

Savage efectuó un aterrizaje perfecto, como era habitual en él.

Un tractor de pista enganchó al «Piper» con su cable, y le llevó al hangar para aviones particulares.

A la salida del hangar, le aguardaban sus amigos. Se sonrieron y se saludaron con una ligera inclinación de cabeza. Estaban contentos de volverse a ver; la comunicación había sido sólo radial.

Chancleta, al lado del japonés Ricky, parecía mucho más pequeño, pero es que Ricky medía sólo dos metros diez de altura y pesaba ciento ochenta kilos…

Al lado de aquel gigante, Chancleta, con su metro cincuenta y sus escasos cincuenta kilos, resultaba insignificante.

Ricky había sido campeón de Sumo durante dos años consecutivos en Osaka.

Unos mafiosos yanquis, que habían tratado de controlar el deporte profesional en Japón, intentaron manipularle, y Ricky prefirió apartarse del Sumo, especialmente tras conocer a Moses P. Savage, del que se había hecho un amigo incondicional, máxime después de conocer la labor que llevaba a cabo en Liberty Garden.

Tenía unos ojos pequeñitos, casi insignificantes, en medio de un rostro redondo.

Su aspecto era bonachón, y sonreía constantemente. Algunos pensaban que era un cretino congénito. Jamás había conseguido aprender bien ningún idioma, le costaba hablar, y más parecía un niño grandote y voluminoso, al que había que poner atención para entenderlo.

Mas quienes pensaban que era cretino, quedaban atónitos ante los cálculos matemáticos que Ricky era capaz de hacer.

Se le había puesto a competir con algunas calculadoras y Ricky había ganado en velocidad, ya que la perfección de Los resultados era la misma en ambos casos.

Sus cálculos mentales no los realizaba a través de operaciones consecutivas, sino que daba los resultados finales de forma prácticamente instantánea, y los científicos no comprendían cómo lo conseguía; la verdad es que ni el mismo Ricky se Lo explicaba, pero si tenía que dar un dato, lo soltaba en el acto, asombrando a quienes le tomaban por idiota.

Ricky había practicado el boxeo como amateur marrón en Tailandia; no era un gran boxeador, peno sí era sorprendentemente

experto en el *Suriken*[5].

En el caso de Ricky, no lanzaba estrellas, sino discos sin puntas, sumamente afilados y sin venenos adicionales.

Ricky practicaba aquel arte para la distancia, ya que, debido a su corpulencia, lo que no hacía bien era correr.

Se contaba de él que, en una ocasión, había dejado calvo de la parte superior de su cabeza a un asesino de Hong Kong con el lanzamiento de un disco *suriken* que, por lo bien afilado, le había rasurado el pelo limpiamente, como podía haberlo hecho una maquinilla eléctrica, pero a distancia.

Era tan hábil lanzando sus discos, que podía practicar un corte en una oreja, o desorejar a su adversario e incluso dejarle sin nariz.

Ricky evitaba matar, pero si alguien le apuntaba con una pistola o rifle, éste debía vigilar muy bien la mano del gigante japonés, por si estaba armada con uno de sus discos de cantos afilados, porque le podía costar la vida. Antes de jalar el gatillo, podía quedar degollado y, por contra, matar a Ricky de un balazo no era tarea fácil.

Tenía demasiada carne en su cuerpo, y había que acertarle en un punto vital, pues de lo contrario, su masa muscular encajaba los proyectiles que luego eran extraídos en una intervención quirúrgica. Llevaba ya seis cicatrices, pues seis veces le habían alcanzado a balazos.

—¡Ricky! ¿Cómo estás, hermano? —le saludó Savage, al descubrirle.

—Bi… bien, muy bien… Él, él también está bien…

Cogió a Chancleta por los brazos y lo levantó en el aire, mostrándoselo a Savage, como si fuera un muñeco, mientras Chancleta pataleaba, molesto.

—¡Condenado Ricky…, suéltame, suéltame o te sacudo!

—Chan… Chancleta es muy ner… nervioso.

Lo soltó desde el aire. Otro se hubiera caído al suelo sentado, pero el portorriqueño era ágil como un felino y salló bien de la situación.

—Magnífico. ¿Está reservado el *bungalow*?

—Sí, se ve la playa y el Pan de Azúcar.

—Perfecto. Vamos.

—Afuera está esperando el «carro».

El «carro» era un vehículo especial tipo ranchera, con motor delantero, doble cigüeñal y siete litros de cubicaje.

No era un vehículo de serie, pero tenía todas las normas exigidas en la fabricación de vehículos a motor para uso normal en ciudad y carretera.

Desarrollaba bien los doscientos kilómetros hora y llevaba tres ejes, uno delantero para gobierno y dos ejes posteriores, que permitían que fuese cargado y no perdiera estabilidad ni cediera.

Sus muelles y ballestas eran independientes, lo que hacía que el automóvil, gracias también a la suspensión hidroneumática, pudiera rodar por la montaña como el mejor de los *jeeps*, ya que al ponerlo en posición de ruta forestal, elevaba su panza a medio metro del suelo, lo que le permitía rebasar piedras de considerable tamaño, que frenarían a otros vehículos.

Chancleta dejó que Savage condujera el vehículo, sentándose él a su lado.

Ricky, debido a su peso y estatura, no entraba por los costados, sino que abría la portezuela posterior de la ranchera, donde había colocada una resistente butaca, con el respaldo inverso al sentido de la marcha.

Ricky se acomodaba en la butaca y cerraba la doble puerta de la ranchera, que parecía la puerta posterior de una furgoneta cualquiera. Después hacía girar el sillón sobre sí mismo y quedaba de cara a la conducción, detrás de los asientos posteriores.

En realidad, el «carro», que tenía la marca patentada y registrada mundialmente de «Daymio», aunque era modelo único, poseía dos amplias plazas en los asientos delanteros, y tres en los posteriores. Aparte estaba el butacón de Ricky, giratorio, para que el gigante pudiera entrar cómodamente por la parte trasera…

Solían colocar los equipajes en los asientos posteriores, que tenían una bandeja plegable, que los cubría de tal forma que quedaban convertidos en una especie de mesa, donde Ricky hacía sus solitarios con la baraja de naipes que siempre llevaba consigo. Mas en esta ocasión no era necesario, pues el trayecto entre el aeropuerto de Santos Dumont y la urbanización de *bungalows*, no era largo, no tardarían en llegar.

—¿Sigue Rusell en Río? —preguntó Moses P. Savage, a Chancleta.

—Sí. Creo que quiere invertir dinero aquí, y algunos tipos le bailan alrededor para que invierta sus dólares en los negocios y plantaciones que ellos tienen, pero Rusell no es un tipo que se deje camelar.

—No, eso sí que no; Rusell es quien camela al prójimo. Tengo verdaderas ganas de toparme con él.

Pisó el acelerador y el poderoso «Daymio» se colocó a la izquierda de la autopista, rebasando a todos los automóviles que, en vano, trataban de darle alcance.

CAPÍTULO III

Rusell, el millonario norteamericano, había preparado meticulosamente aquella cena de negocios, es decir, la había preparado su hombre de confianza y jefe de vigilancia Von Shetler, el cual tenía colaboradores que actuaban como autómatas cuando se les ordenaba algo, hombres y mujeres a los que no hacía falta repetir una orden y que no hacían preguntas.

Mucha gente sabía que el millonario yanqui Rusell vivía en uno de los más lujosos palacetes de Río de Janeiro, al norte de la laguna de Rodrigo de Freitas y muy próximo al Jardín Botánico.

Se le suponía propietario de alguna plantación en el interior del gran Brasil, mas eran contadísimos los que le habían visto personalmente.

Sólo lo conocían unas cuantas chicas de las más variadas nacionalidades, que habían dejado que el millonario gozara de su compañía, aunque muchas de ellas ni siquiera habían llegado a saber que aquel sujeto era Rusell.

El millonario en dólares no se había dejado ver en la *high life* de Río.

Sabía que él no era el único que había preferido vivir en Brasil, en lugar de una cárcel del país del que había tenido que marcharse a toda prisa. No obstante, no buscaba relacionarse con la gente, en forma inmediata.

Se conocía su llegada y establecimiento de residencia; luego serían los ambiciosos quienes comenzaran a revolotear en torno a su palacete.

Rusell vivía por todo lo alto, sin abstenerse de ningún capricho o vicio. Pero era un tipo dinámico, y no se conformaba en vivir una vida sedentaria, cómoda y confortable por el resto de sus días.

Había amasado fraudulentamente una fortuna en dólares, y pensaba aumentarla con nuevos y sucios negocios. Por eso, tras

estudiar atentamente sus planes para el futuro, había escogido a sus posibles colaboradores.

Había efectuado contactos previos con ellos a nivel de secretarios e intermediarios, y al fin, había decidido celebrar una cena de negocios, en su palacete.

No invitaba a *play-boys* ni políticos que buscaban su oportunidad para ganar puntos, sólo a los hombres que le interesaban. Después, si la cosa funcionaba, haría más fiestas, invitando a gentes diversas, y entre copa y copa comenzarían los sobornos, los cohechos, para que todo funcionara a la medida de sus deseos.

Brasil precisaba grandes inversiones de capital para acelerar los planes agrícolas, ganaderos y la industria en general, mas siempre se colaban tipos sin escrúpulos, que utilizaban el país por la mano que les ofrecía, y no con idea de beneficiarlo precisamente.

Rusell sabía mucho de sobornar a gente que parecía insobornable. Utilizaba desde el chantaje a la amenaza directa a los familiares, aunque en estos casos jamás había aparecido el nombre de Rusell.

Siempre eran intermediarios los que actuaban directamente y se ensuciaban las manos con dinero o sangre.

En el fondo, Rusell sólo tenía una amargura, que no borraban los millones de dólares de que disfrutaba, y ésta era la de no poder vivir en su país con el dinero que poseía.

Las autoridades de Brasil no molestaban a Rusell, porque él tampoco molestaba a nadie, ni se metía en su política.

Su búsqueda y captura por parte de Estados Unidos no parecía ser por motivos muy graves. Se le acusaba de malversación de fondos y quiebra fraudulenta, pero su proceso no se había visto todavía en la corte, ni el propio Rusell deseaba que se viera.

Según constaba en las notas oficiales, no había cometido ningún delito de sangre ni había usado armas, fuerza ni intimidación para amasar la fortuna que poseía. Claro que, extraoficialmente, se sabía de varios crímenes y torturas, mas no se le podían atribuir a él por falta de pruebas y testigos.

Cuando se habían producido sucesos de esa índole, Rusell siempre estaba en reuniones con políticos de postín.

Aparentemente, no era un hombre peligroso, incluso tenía un aire paternal. Otros hacían el trabajo sucio por él, y el propio Rusell prefería no enterarse de lo ocurrido. De este modo, cuando le contaban algún delito de sangre que tenía alguna relación con sus negocios, podía poner una sincera expresión de sorpresa y perplejidad.

Von Shetler era quien se encargaba de eliminar obstáculos y lo hacía de forma impecable, no en vano había aprendido en la SS germánica.

Von Shetler no era ningún niño; había estado en Oriente Medio, en Rhodesia, en el Lejano Oriente y luego en Estados Unidos, donde había ofrecido sus servicios a Rusell, que no había quedado defraudado.

En su despacho, observando el mapa del gran Brasil, Rusell aguardaba, ya vestido con un elegante *smoking* blanco, a sus invitados, que no tardarían en llegar.

Cada invitado arribaría acompañado de un chófer, el secretario masculino y dos secretarias jóvenes y hermosas. Ésta era la invitación para cada uno de los posibles y futuros socios de Rusell.

Tras abandonar apresuradamente Estados Unidos, Rusell se había ocupado de sí mismo, de su persona. Masajes, sauna, cirugía estética, trasplante de cabello y Gerovital, sin necesidad de desplazarse a Rumanía. Los dólares habían conseguido que el tratamiento se llevara a cabo en su propio palacete.

Había crecido el cabello rubio oscuro donde antes ya no había, y lucía un bigote y una ligera y recortada barbita, también de color rubio oscuro, que le daban un aspecto de profesor.

Había adelgazado más de veinte kilos y si antes cualquiera le habría etiquetado una edad de cincuenta y pico de años, ahora pasaba por cuarenta justitos, a juzgar por la imagen física que ofrecía.

Aquel rejuvenecimiento artificial de su persona había despertado en él acentuados apetitos sexuales, incrementados por el clima cálido del Trópico de Capricornio y por los suaves afrodisíacos que su *chef* de cocina le preparaba en los condimentos.

Rusell tenía una esposa alta, elegante y unos cuantos años más joven que él.

Después de enterarse de todos los negocios sucios de su marido,

había sopesado la situación y preferido marchar con él a quedarse en Estados Unidos, sola, arruinada y con el marido en la cárcel.

Magda había escogido el destierro confortable. Le gustaba vivir a lo grande y, al igual que su marido, gastaba mucho evitando un envejecimiento precoz.

Había dejado de irritarse por la presencia en el palacete de las secretarias de su marido, secretarias que apenas sabían escribir a máquina con dos dedos, pero que procedían de concursos de misses internacionales.

Magda era la mujer elegante e imprescindible para ofrecer una buena imagen y llevarla a la ópera, a un concierto o donde hiciera falta, sin caer jamás en el ridículo. Rusell valoraba eso muy bien, por ello no le regateaba nada.

A cambio, ella no parecía advertir la presencia de las vistosas y descaradas secretarias de su marido.

El caso es que Rusell, en su afán de exprimir al máximo su vida íntima, cambiaba habitualmente de chicas, y no quería saber absolutamente nada de profesionales del amor.

Aceptaba los contactos con chicas ambiciosas, que sólo esporádicamente intentaban reforzar sus economías con encuentros de aquella clase, gastándose luego el dinero en simples caprichos.

La cena estaba siendo preparada al aire libre, sobre el césped del jardín, y cerca de la gran piscina.

Tanto la casa como el jardín estaban situados en lugares difícilmente accesibles y, desde otro punto, no se les podía filmar ni con teleobjetivos.

Rusell no era estúpido y, mucho menos, Von Shetler. De este modo, tampoco nadie, ansioso de venganza, podía dispararle a distancia con un rifle de mira telescópica y gran fiabilidad.

La piscina estaba dotada de todos los adelantos depuradores y no sólo eso, sino que tenía focos encendidos antiinsectos, ultravioleta y algunos infrarrojos por si alguien, durante las horas nocturnas, sentía fresco.

Se podía bañar uno de noche y tomar rayos ultravioleta a distancia, bronceándose sin problemas, aunque estuvieran luciendo la luna y las estrellas.

Varios camareros, silenciosos y eficientes, vigilados por los hombres de confianza del propio Von Shetler, lo dejaban todo a

punto, mientras los lujosos automóviles de los invitados iban llegando al palacete.

En un «Cadillac» blanco que cruzaba la puerta de acero inoxidable que cerraba los jardines de la mansión, inaccesibles por los modernos sistemas de alarma y cables de alta tensión que protegían el perímetro de su propiedad, entraba Henry Kolter.

Poseía una empresa de maquinaria media y pesada para trabajos agrícolas e industriales. Iba ensimismado, pensando en cuáles podían ser los negocios a tratar con Rusell.

En los últimos tiempos, las cosas no marchaban demasiado bien para él. Le faltaban pedidos de contratación de venta o alquiler de la maquinaria que poseía.

La crisis financiera e industrial que el mundo sufría, por aquellos días, le alcanzaba a él también, y una posible llegada de dinero líquido no le iba a ir nada mal, por lo que estaba muy interesado en negociar con Rusell.

El chófer vestía su uniforme, el secretario llevaba su imprescindible portafolios, y las dos secretarias lucían elegantes trajes de noche.

Llevaban sendos bolígrafos de oro y cuadernos para tomar notas, pero ambas estaban seguras de que no serían requeridos sus servicios como secretarias. Hacía falta belleza en la cena, una belleza que mermara la dureza de las posibles discusiones, y para eso estaban ellas.

Las dos secretarias de Kolter eran muy atractivas, pero principalmente una de ellas destacaba por su belleza sin exageraciones, serena y fría o ardiente, según se prestara la situación.

Tenía una abundante cabellera, rubia y sedosa, que rebasaba sus hombros y caía sobre parte de la espalda y encima de los senos. Sus ojos eran celestes y sus labios, equilibradamente sensuales, irresistibles para quien supiera valorar la belleza y no la vulgaridad.

Era alta, cimbreante. Sus caderas y redondeces posteriores eran justas, ni cortas ni excesivas. Sus piernas resultaban largas y torneadas, y sus senos, altos y duros.

Los automóviles fueron estacionándose frente al gran porche, donde descendían los invitados.

Rusell, en pie junto a su esposa, saludaba a los que llegaban, que

no iban a ser un número excesivo; sólo seis, con sus respectivos acompañantes. Dos de ellos eran orientales, un chino y un indochino, que, a juzgar por su indumentaria, joyas y ropas de seda, vivían en el lujo.

Cuando el grupo estuvo reunido en el porche, Rusell en persona propuso:

—Tomemos un aperitivo primero y nos iremos conociendo mejor.

Se acercaron a una larga mesa accesoria, donde tomaron combinados mientras se escuchaba música de fondo, todo muy selecto y cuidadosamente preparado. La noche era agradable, y la ausencia de insectos, total.

La piscina tenía un azul clarísimo, pues estaba intensamente iluminada, y varias hamacas bajas se hallaban esparcidas aquí y allá, todas vacías.

—Caballeros, las señoritas secretarias cenarán después, ya se sabe que las chicas hermosas comen poco porque no quieren engordar. —Todos rieron la pequeña gracia del anfitrión—. Nosotros comenzaremos la cena, y los secretarios estarán cenando en una mesa cercana, por si han de tomar notas.

Todos comprendieron que la mejor mesa, la más cercana a la piscina, era para los que iban a entrar en el negocio, y lo que allí se hablara quedaría secreto.

—Las señoritas secretarias pueden pasar a las casetas. Están todas muy hermosas, peno allí les entregarán unos bañadores, y podrán disfrutar de la piscina, de los rayos ultravioleta bronceadores, mientras nosotros charlamos de negocios. Cada señorita será obsequiada con un reloj de oro, automático y sumergible, para que pueda empezar a probarlo en la misma piscina.

Hubieron risitas de contento entre la docena de espléndidas muchachas de las más variadas razas, pues las había asiáticas, latinas, mulatas y anglosajonas, y cualquiera de ellas podía rivalizar en belleza con las demás.

A Virgy Hamilton, que ya se temía aquello, no le gustó la propuesta, pero no había forma de marcharse de allí, en aquellos momentos.

No era ninguna mojigata, pero había cosas que le reventaban,

pues había llegado a pensar que Henry Kolter contaba con ella en la cena, por su eficacia profesional.

Virgy, además de hermosa, era inteligente, y jamás se le había ocurrido la estupidez de concurrir a una competición de mujeres-objeto, es decir, de cuerpos femeninos, donde sólo importaban las medidas para ser la mejor.

Suspiró con un ligero disgusto, y se dirigió, con las demás, hacia el grupo de casetas. Le habían entregado un llavín con un número para que guardara su vestido de noche y se pusiera el bañador. Sin embargo, se detuvo al pasar junto a Henry Kolter, un hombre alto, de cabello rubio y rizado, y gafas con gruesos cristales.

—No he traído mi bañador, míster Kolter— le dijo—. No contaba con esto, pero supongo que los tendrán de todas las medidas; el señor Rusell es un hombre que lo prevé todo.

—No se moleste conmigo, ignoraba este detalle. Creí que íbamos a cenar todos juntos.

—Trataré de que no quede mal por mi causa, pero no cuente conmigo para otra invitación de este tipo. Yo no soy de esa clase de secretarias, y usted lo sabe.

—Es cierto, pero le pago un espléndido salario.

—No me importaría ganar un poco menos y ser mejor comprendida. Le aseguro que no me faltan ofertas, míster Kolter, no lo olvide.

—¿Me está amenazando a mí, a su patrón? —inquirió frunciendo el ceño.

Ella se encogió de hombros.

—Tómelo como quiera, yo no soy de su propiedad. Si no me gusta un empleo, me busco otro; si no me siento bien en una ciudad, me voy a otra y, si me conviene otro país, voy al aeropuerto y tomo un avión. ¿Me ha comprendido?

—Sí.

—¿Qué pasa con esta bella señorita? —inquirió Rusell, acercándoseles.

Henry Kolter forzó una sonrisa y aclaró:

—La señorita Virgy dice que no se ha traído bañador, y está algo molesta.

—¡Oh, por eso no se preocupe! Ya le entregarán uno, completamente nuevo. Es usted bellísima, y seguro que con el

bañador todavía lo estará más. Kolter, le felicito por la elección de su secretaria.

Henry Kolter sonrió, dando la impresión de hallarse complacido, pero no era ningún ingenuo, que se pudiera ganar con un halago.

Kolter necesitaba contratos sustanciosos para salir de su crisis económica, y Rusell podía solucionarle muchos problemas, aunque, de antemano y sin que se lo dijeran, sabía que iba a meterse en negocios sucios.

Pese a ello, estaba allí, y había llevado a las dos bellezas más distinguidas de sus oficinas para complacer al anfitrión.

Virgy Hamilton se alejó con las otras secretarias, que hablaban entre sí, cada vez más animadamente.

Notó que aumentaba el calor en su cuerpo y que sentía excitación en zonas erógenas, por lo que supuso que en los combinados ofrecidos a las secretarias habían puesto drogas; suaves, pero drogas. Sin embargo, no podía lanzar ninguna acusación. El daño ya estaba encajado, y había que sobrellevarlo lo mejor que pudiera.

Una denuncia, en aquel momento, podía costarle cara a ella misma, pues podían considerarla una supuesta drogadicta.

En aquella cena de negocios había un cerebro gris, que no destacaba por su nombre, pero era quien movía los hijos de otros políticos y hombres públicos de renombre como si fueran títeres.

Tipos como él existían en todos los países del mundo. Se agazapaban en la oscuridad, el anonimato, y desde allí operaban. La vanidad no era su principal defecto; en cambio sí utilizaban la vanidad de los demás para salirse con la suya.

Una azafata de la finca de raza negra, alta y muy elástica, vestida con un *maillot* del mismo color de su piel, y que llevaba un cinturón con una linterna y una pistolita colgando, precedió a las chicas hasta las casetas.

Virgy había visto a dos o tres de aquellas azafatas; no estaba muy segura, porque se parecían unas a otras. Eran bellas, jóvenes, y no importaba su raza para atraer al sexo contrario.

Las jóvenes secretarias se fueron separando, encerrándose en las respectivas casetas numeradas.

Colgado de una percha y dentro de una bolsa de plástico, Virgy encontró el bañador. La caseta tenía luz interior y un espejo de

cuerpo entero.

El bañador consistía en una pieza de mono-tanga en color carmesí, con una trama de hilos dorados que hacían brillar la tela. Virgy se molestó ante aquella especie de trampa, a la que no veía salida.

Había llegado a la mansión en el «Cadillac» de su patrón y no iba a marcharse a pie; por otra parte, estaba segura de que los vigilantes del palacete de Rusell, hombres y mujeres perfectamente adiestrados para su misión, no iban a dejarle escapar.

Resignada, pero dispuesta a echárselo en cara al día siguiente a Henry Kolter, al que mandaría al diablo, se desvistió y se colocó el mono-tanga. Ajustarlo tenía muy poca importancia, pues sólo llevaba delgadísimas cintas elásticas para anudar en las caderas, dejándolas también al descubierto.

Se miró al espejo viéndose tal cual era, hermosa, rabiosamente atractiva dentro de una elegancia innata, que no perdía pese a aquella desnudez casi completa.

Era un cuerpo que podía mostrarse porque era bello, joven y terso.

Se sintió avergonzada y humillada. En aquellas fiestas de negocios, a las que eran invitadas las jóvenes secretarias, parecía que siempre tenían que ser ellas las mujeres-objeto, bellezas para regalar a los tipos que celebraban las reuniones.

Cuando escuchó las voces de las otras chicas, salió de la caseta y se unió a ellas.

Sin proponérselo, casi desfilaron por el borde de la piscina, y los hombres situados al otro lado aplaudieron espontáneamente. No había para menos. Ni en un concurso de misses internacionales podía contemplarse tanta belleza ni tan al natural, gracias al mono-tanga, idéntico para todas.

Virgy no tuvo ningún deseo de acercarse a los hombres, y se acomodó en una hamaca. En cambio, otras, buscando regalos y promesas de futuros encuentros, sí mariposearon entre ellos.

Hubieron risas, besos, caricias y comentarios muy subidos de tono.

Virgy se mantuvo al margen; tenía cara de mal humor, pero ello no le restaba belleza ni atractivo, quizá todo lo contrario.

Rusell se fijó en la joven y la saludó desde lejos. Virgy giró la

cabeza. No se sentía obligada lo más mínimo con aquel individuo que había tenido que huir de su país por fraude, engaño y otras zarandajas, que le habían permitido acumular tantos millones. Y si a Henry Kolter no le salían bien los contratos por los que suspiraba, que reventase como un neumático viejo, pensó.

Russell se apartó del grupo y caminó alrededor de la piscina para aproximarse a Virgy. Era obvio que se había encaprichado precisamente de aquella chica que le rehuía y Von Shetler, a distancia, se había percatado de ello, tomando buena nota en su cerebro meticuloso y calculador, dentro del cual no cabía la piedad ni el humanismo.

—¡Hola, Virgy, te has quedado muy sólita! —le dijo Russell, ya junto a la hamaca.

—Es que me temo que la bebida que me han dado no me ha sentado demasiado bien.

—¿La bebida? Si para las chicas era muy suave… La verdad es que si llevara sombrero, tendría que quitármelo ante tu belleza. ¿Podrías levantarte, Virgy?

—Sí, cómo no —aceptó ella.

Al ponerse en pie, quedó dos o tres centímetros más alta que Rusell, cuyos ojos brillaron de una forma muy especial.

Elevó sus manos y quiso cogerla, pero ella, sonriendo, no se dejó atrapar. Dio un saltito y se zambulló en la piscina.

Cuando volvió a aparecer en la superficie, nadó con ligereza y estilo.

Los demás la miraron, y algunos aplaudieron mientras Rusell apretaba los labios, contrariado. La chica se le resistía y ella aumentaba su interés; sin embargo, no había convocado aquella cena para satisfacer sus instintos, sino para negociar. Habría tiempo para todo.

Regresó junto a los demás, no sin antes hablar unos segundos con Von Shetler, refiriéndose a la chica que se refrescaba en la piscina nadando como una sirena, dejando que su cabello largo y dorado se deslizara por las aguas bien iluminadas.

La piscina era muy grande, y Virgy podía deslizarse tranquilamente al lugar contrario al que pudieran estar esperándola, pero Von Shetler, a través de su monóculo, ya se había fijado en ella y tenía unas órdenes concretas que a su vez transmitió a una de

las azafatas negras, que más que azafatas eran verdaderas vigilantes.

Poco a poco, fueron varias las miradas que se centraron en Virgy Hamilton que, nadando, neutralizaba el afrodisíaco que habían mezclado con su bebida.

CAPÍTULO IV

El «Daymio» se había detenido a cierta distancia del palacete Rusell, en una calle solitaria. Luego había una extensa zona verde o ajardinada, que terminaba en los muros de varias mansiones, desde cuyos ventanales altos podían contemplar la laguna y también el brillo oceánico. Las aguas reverberaban la luz plateada de la luna.

Ricky abrió la portezuela posterior del vehículo de seis ruedas y tracción en todas ellas, con suspensiones independientes, que casi le convertían en un vehículo oruga, cuando era necesario.

El campeón de Sumo hizo girar su butaca, apeándose del «carro».

Savage sacó un maletín que recordaba a los utilizados por los médicos de cabecera, a principios de siglo. Por su parte, Chancleta llevaba una bolsa que era una especie de mochila.

Ricky sacó un grueso tubo de acero de un metro cincuenta de largo, aproximadamente, y otro artilugio que parecía una barrena gigante plegable, como las que se podían emplear para preparar los agujeros de las traviesas de ferrocarril.

Cerraron el coche y, así cargados, sortearon las casas, tratando de pasar inadvertidos.

Savage vestía perfecto e impecable *smoking*.

Ya adentrados en aquella zona verde, que era una especie de bosque, sacó un detector de metales, muy sensible. Estiró su brazo y Lo puso delante de él.

Ricky y Chancleta avanzaron, siguiendo sus pasos; los tres parecían haber iniciado una extraña expedición.

El detector de metales y artilugios electrónicos en general, descubrió cuatro de ellos colocados estratégicamente antes de llegar al palacete. Así, pudieron sortearlos sin que dieran la alarma, una alarma quizá silenciosa, pero muy eficaz, pues al otro lado del muro podían estar aguardándoles varios rifles de repetición con

silenciador o metralletas pequeñas para barridos de plomo.

Al fin se toparon con el muro sobre el cual había una reja de gruesos barrotes de acero inoxidable y cinco cables de alta tensión: dos por el lado exterior, uno encima, como cresta, y los por la parte interior, de modo que, si conseguían eludir uno de ellos, podían quedar enganchados en otro.

—¿Podrás? —le preguntó Savage a Chancleta.

—Creo que sí. Esos tipos no se fían ni de los saltadores de pértiga, el muro tiene más de cinco metros de altura, y luego, la separación entre los distintos cables de alta tensión, forma un margen considerable e insalvable con una pértiga.

—Prepárate, pues.

—De acuerdo.

Chancleta, que ya vestía totalmente de negro mate, abrió su zurrón y sacó una capucha con agujeros sólo para los ojos, al estilo de los llamados *ninja o* asesinos invisibles, que se introducían entre las filas enemigas sin ser vistos durante la noche, empleando, en los momentos de persecución, una inmovilidad absoluta y total de sus cuerpos.

Mientras Chancleta acababa de prepararse, Ricky dispuso la barrena.

La introdujo en el suelo en un punto escogido por Savage, y comenzó a abrir un agujero por el que se podría meter el tubo que llevaba consigo.

Cuando hubo profundizado un par de palmos, casi tres, Ricky sacó la barrena, la volvió a plegar y estiró de uno de los extremos el tubo pintado de negro, que se alargó de forma telescópica como si se tratara de una antena de radio portátil.

Ricky convirtió la barra de acero en una especie de pértiga de siete metros de altura, en cuya punta había una pequeña polea, por la que pasaron un cable. Parte del mismo iba por dentro del tubo y la otra, exteriormente.

Colocó la base en el hueco abierto en la tierra, como si se dispusiera a instalar el mástil para una bandera.

Por un saliente de la barra, aplicó una manivela con un disco. Todo encajaba perfectamente y Chancleta, totalmente vestido de negro, parecía invisible. Llevaba un cinturón con varias herramientas; tenía una misión que cumplir.

—¿Listos? —preguntó Savage.

—Por mí, sí —asintió el portorriqueño.

Chancleta se asió al extremo del cable que pendía desde lo alto.

Ricky, que sostenía el mástil, volteó al mismo tiempo la manivela que enroscaba el cable, haciendo que Chancleta ascendiera y convirtiendo todo el equipo en una grúa.

Cuando Chancleta quedó arriba, Ricky comenzó a hacer bascular la barra hasta que Chancleta tomó impulso, habiendo enganchado previamente una cuerda de nylon en la parte superior del mástil telescópico.

El portorriqueño salió volando por encima del muro y las rejas electrificadas, cayendo al interior de los jardines del palacete.

Savage sacó su diminuta radio portátil, alimentada con pilas de mercurio, y llamó:

—¿Estás bien, Noche?

—Todo perfecto, Día —respondió Juanito Chancleta a través de su pequeño emisor.

Trepó a un árbol y sujetó la cuerda de nylon que pasaba por encima del muro electrificado, hallándose el otro extremo atado a lo alto de la barra telescópica.

Cuando Ricky notó que la cuerda de nylon quedaba tensa, indicó a Savage que podía engancharse a la manecilla, que sería izado lo mismo que Chancleta hasta lo alto del mástil. Y así fue.

Provisto de unos refuerzos, hechos con pastillas de frenos de automóvil, Moses P. Savage se agarró a la cuerda con manos y pies.

Ricky aguantó firme, abajo, con su poderosa fuerza y Savage se deslizó por la cuerda, pasando sobre los cables de alta tensión, casi rozándolos con el faldón del *smoking*.

Savage llevaba consigo una pequeña pero preciosa filmadora, con teleobjetivo y magnetófono acoplado.

Llegó hasta el árbol, reuniéndose con Juanito Chancleta, que soltó la cuerda. Ricky la enrolló desde el otro lado del muro y recogió todo el material, regresando con él al «Daymio», de modo que allí no quedaba ninguna prueba de su paso.

Sin embargo, dentro de lo que parecía inexpugnable mansión, ya estaban Juanito Chancleta y Moses P. Savage.

—¿Recuerdas todo lo que tienes que hacer? —interpeló Savage al portorriqueño.

—Sí, descuida.

—Ahora, los perros no están sueltos porque tienen invitados, pero si aparece un vigilante sujetando a un chucho, ya sabes que tienes que utilizar el *spray* olorizante de hembra en celo.

Chancleta sonrió tras la capucha.

—Seguro que el perrito se pondrá muy nervioso y olfateará lo que el vigilante no va a poder ver ni tocar.

—Si todo sale bien, nos encontraremos en el área de aparcamiento, dentro de dos horas. ¿Comprendido?

—Sí.

—Si algo falla, nos encontraremos antes. Ten cuidado, aquí van a matar.

Savage y Juanito Chancleta se separaron.

Cada cual tenía una misión concreta que llevar a cabo, aunque no estaba todo medido, pues desconocían cómo era exactamente el palacete y sus jardines.

En la mente de Savage se había forjado un plan, en el que el millonario Rusell era el objetivo final.

Sabiendo que se metían en la boca del lobo, ambos iban armados, pero no al estilo occidental. Su forma de actuar era totalmente silenciosa, lo que les daba posibilidades de salir bien librados, aun en difíciles encuentros contra un nutrido grupo.

Desde detrás de un seto, Savage pudo observar aquella especie de cena de negocios, y la fiesta que se celebraba en los jardines de la mansión, frente a la piscina. Preparó su cámara, provista de teleobjetivo, para filmar rostros y situaciones.

En la mesa principal, con vigilantes a cierta distancia para que no pudieran oír lo que allí se hablaba, conversaban animadamente Rusell y sus invitados, anglosajones, orientales, un negro, un americano y hasta un político brasileño, que sabía mover los hilos necesarios y de forma adecuada para evitar obstáculos.

Al fin, se descorcharon unas botellas de champaña y brindaron; parecían haber llegado a un acuerdo.

Moses P, Savage filmó la escena a distancia, pero con el teleobjetivo podía captar cada uno de los gestos y actitudes. Había suficiente luz para ello y, por si fuera poco, la película a impresionar era especial para situaciones como aquélla.

Alrededor de la piscina, las hamacas estaban ocupadas por

bellísimas jóvenes, vestidas con brillantes y llamativos mono-tangas, que apenas ocultaban nada de sus hermosos cuerpos.

Sus encantos podían valorarse en su volumen y bellezas naturales y todas podían decir que eran terriblemente atractivas.

Sólo una tenía el cabello mojado y se hallaba en una hamaca más distanciada. Parecía molesta y miraba con recelo en derredor.

Von Shetler, con su inseparable monóculo, acompañaba a una de las azafatas negras, elásticas y altas, que llevaban una bandeja con valiosos relojes de oro, que iban entregando, uno por uno, a las secretarias que allí exhibían su belleza.

Al llegar junto a la rubia del cabello mojado, le tendieron el reloj.

Virgy Hamilton lo tomó con su mano y, sin mirarlo, lo lanzó al interior de la piscina.

Aquel detalle no pasó inadvertido para Moses P. Savage, que observaba atentamente. Era obvio que la joven no estaba de acuerdo con aquella situación.

La azafata negra miró, interrogante, a Von Shetler y éste, con un gesto, le indicó que siguiera adelante, dejando atrás a Virgy Hamilton.

Se escuchó un fuerte ruido de motor y apareció un tractor que arrastraba una plataforma de madera enmoquetada, bajo la cual habían sujetos grandes barriles de madera.

Aquella plataforma se deslizó bien sobre la hierba y luego, empujándola, la botó sobre las aguas de la piscina.

Al poco, aparecieron dos féminas. Una era oriental y no muy alta; la otra, de raza negra, tenía mayor estatura. Ambas vestían *judogis* y saltaron sobre la plataforma enmoquetada.

Rusell tomó un pequeño micrófono y habló por él para que su voz pudiera escucharse claramente:

—Ahora tendremos una exhibición de luchas orientales, por dos budokas femeninas. Es sorprendente el número de japonesas que hay en Brasil, y también la capacidad de las mujeres de raza negra para aprender las luchas marciales orientales. Veremos cuál de las dos es mejor, más elástica, y logra vencer a su adversaria. Como esto es una exhibición, y no una competición oficial, perderá la que caiga al agua fuera del *tatami* flotante. La verdad, yo no entiendo mucho de estas luchas, aunque mis vigilantes sí son verdaderos

expertos, tanto hombres como mujeres, pero la budoka que quede inmovilizada o sujeta por una estrangulación, será arrastrada hasta caer al agua; claro que siempre tendrá una última oportunidad para hacer saltar a su adversaria, pues perderá la que caiga a la piscina. A la que venza, le ofreceré un premio importante. Ah, hay algo que nuestras gentiles budokas ignoran todavía, y que dará más gracia a la exhibición; verán cómo es sorprendente…

Hizo un gesto con la mano y, sobre una especie de carretón, llevaron hasta el borde de la piscina una larga caja de madera reforzada, de unos cuatro o cinco metros de largo.

La inclinaron hacia la piscina y subiéndose sobre ella, una de las azafatas negras quitó la tapa de madera.

Rugiendo, saltó al agua un enorme caimán, que mostró sus dientes. Se zambulló, nadó por debajo de la superficie, y luego emergió, con sus ojos vigilantes.

Las dos budokas lo observaron con evidente temor.

Rusell volvió a hablar por el micrófono, desde la mesa llena de platos a medio consumir, copas semivacías y gran cantidad de botellas de vinos y licores.

—Divertido, muy divertido… Me han asegurado que el lagartito hace varios meses que no ha comido, y anda algo hambriento…

Las budokas se miraron, como consultándose. No habían sido advertidas de aquella especie de trampa mortal. Se hallaban sobre el *tatami* flotante, al que no podía llegar el caimán hambriento, pero si una de las dos caía al agua, sería su muerte segura. No podría llegar a la orilla antes de ser alcanzada por las fauces del saurio.

Nadie se atrevió a objetar nada ante aquella bestialidad, propia de una bacanal romana.

Todos estaban unidos ya por negocios que prometían ser pingües, y ninguno hablaría. Sólo las jóvenes secretarlas se mostraron muy inquietas, pero el gran caimán no podía subir por el borde de la piscina, debido al desnivel de la misma.

—¡No luchéis! —les gritó Virgy Hamilton, poniéndose en pie—. ¡Esto es una salvajada!

—La señorita Hamilton ha perdido los nervios —se rió Rusell, sarcástico—. Lo malo es que las luchadoras tendrán que ofrecernos la exhibición, pues de lo contrario, mis vigilantes dispararán sobre los toneles e irá entrando agua en ellos. La plataforma descenderá

lentamente, pulgada a pulgada; no llegará a hundirse del todo, porque es de madera, pero el lagartito, que tiene mucha hambre, sí podrá subir en busca de alimento. De todos modos, será una diversión.

Las dos contendientes se miraron fijamente.

Ahora sabían que sería una lucha a vida o muerte, como en un circo romano. Situaciones como aquélla no eran tan insólitas en el siglo veinte; lo que sucedía es que se llevaban a cabo en lugares cerrados como aquél con la complicidad de todos los que allí estaban, excepto de Virgy Hamilton que gritó:

—¡¡Asesinos!!

—A lo mejor, la señorita Hamilton quiere zambullirse de nuevo en la piscina para demostrarnos lo bien que sabe nadar…

Dos de las azafatas negras aparecieron por detrás de Virgy, sin que ella se diera cuenta. La sujetaron por los brazos haciendo presa en ellos de forma muy dolorosa para la muchacha, que gritó sin poder escapar.

Las dos celadoras, que por la indumentaria que llevaban y el color de su piel, semejaban desnudas, acercaron a Virgy al borde de la piscina. Las dos poseían una fuerza física que superaba a la de muchos hombres.

Virgy pateó en el aire, y el caimán se acercó a ella con los ojos fijos en sus hermosas piernas.

—¡Asesinos, asesinos!

—Supongo que no cometerá una estupidez ahora, ¿verdad, Rusell? —preguntó Henry Kolter, visiblemente nervioso.

—No tema, las azafatas sólo estaban comprobando si el lagartito acudía al reclamo. Sería estúpido destruir una belleza tan singular. La señorita Virgy está muy nerviosa, será mejor que la lleven a una habitación para que se calme. Von Shetler se ocupará de ello.

Se llevaron a rastras a Virgy, que seguía gritando mientras el caimán, un tanto frustrado, pues había visto los bonitos pies muy cerca de sus mandíbulas, se volvía hacia la plataforma.

Allí seguían las dos budokas que tenían que luchar por su vida. No tenían otra alternativa, si querían sobrevivir.

Von Shetler fue tras Virgy, que era llevada por las dos vigilantes femeninos.

Virgy no podía escapar, pues las negras no sólo tenían más

fuerza que ella y eran dos, sino que, además, conocían el arte de la lucha marcial oriental, aunque no de una forma ortodoxa y competitiva.

Entraron en el palacete y Von Shetler pidió:

—Un momento…

Las dos negras quedaron quietas, siempre sujetándose a Virgy, que no podía librarse de la presa de sus dos brazos. Tenía la impresión de que se los iban a descoyuntar por el codo y los hombros.

Von Shetler abrió el cajoncito de una consola y sacó un estuche. En pocos segundos, el contenido de una ampolleta azulada quedó dentro de una jeringuilla hipodérmica.

—¡No, no, nooo! —gritó Virgy desesperadamente, sin que nadie le hiciera caso.

En el exterior sobre la plataforma flotante, las dos muchachas comenzaron a luchar, mientras las otras pseudosecretarias permanecían quietas sobre sus hamacas, sin desear meterse en líos, como había hecho Virgy Hamilton.

La aguja se clavó en el brazo de Virgy, que no pudo evitar que el líquido penetrara en su cuerpo. Poco después perdía el conocimiento y ya no se enteraba de nada. Había dejado de constituir un estorbo, en aquella fiesta de sádicos que buscaban la diversión a costa de la humillación, el dolor y la sangre del prójimo.

Las dos luchadoras femeninas, una oriental y la otra sudamericana, de raza negra, se emplearon a fondo. Ya no había ninguna concesión que hacer, y ambas optaron por el Tae Kwon Do.

La técnica del karate volador podía hacer que la adversaria, alcanzada de lleno, saliera despedida del *tatami* y cayera al agua, terminando así la pelea.

Ambas comprendieron que ya no había reglas que respetar. Cualquier golpe en cualquier punto vital era válido. Es decir, emplearían los *atemi waza* con impacto total para desembarazarse de su contrincante mientras el gran caimán, hambriento, viéndolas saltar y lanzar sus feroces *kiais* sobre el *tatami* flotante, daba vueltas alrededor.

Parecía haberse dado cuenta de que su alimento tenía que caer de aquella plataforma, y quería estar en el lugar más cercano posible del lugar donde cayera una de las chicas.

Las dos luchadoras prácticamente volaban.

Lanzaban sus talones, sus codos, giraban sobre sí mismas en el aire y lo mismo atacaban de espaldas como coceando, que de frente, mientras los cantos de sus manos cortaban el aire como guadañas, buscando el impacto decisivo y si no, algún codo se hundía en el cuerpo de la adversaria.

Ambas demostraron estar muy preparadas para la lucha, pero jamás habían atacado en una situación como aquélla.

No podían escapar y tenían que pelear para defender sus vidas. La que cayera al agua trataría de alcanzar el borde de la piscina, nadando, pero el gran caimán nadaba mucho más de prisa. Por otra parte, las dos estaban agotándose en la desesperada lucha. Daban fuertes impactos, pero también los recibían, y resultaban dolorosos, y algunos de ellos podía ser mortal, si alcanzaba de lleno su objetivo.

Las dos muchachas, pues ninguna de las dos debía haber cumplido aún veinte años, saltaban, volaban, golpeaban, se agarraban, se dejaban caer, volteaban a su adversaria saliendo de las reglas estrictas del Tae Kwon Do para pasar a técnicas de Judo o Sambo ruso. Era una lucha a muerte.

En uno de sus giros, la budoka negra alcanzó con el talón desnudo a la japonesa-brasileña en mitad de la frente.

La dejó tendida sobre el *tatami* flotante, boca arriba y sin moverse, con los ojos cerrados. El impacto había sido decisivo.

La joven negra, jadeando, buscando aire para sus pulmones con la boca abierta, la miró y luego se volvió hacia la mesa de los sucios invitados del anfitrión Rusell, que resultaba el peor de todos.

—¿A qué esperas? La pelea no se termina hasta que una caiga al agua —le dijo Rusell, por el pequeño micrófono que tenía a su alcance.

La negra expulsó ruidosamente el aire de sus pulmones. Se inclinó y cogió a la japonesa por los largos cabellos, arrastrándola hacia el borde del *tatami* flotante.

Cuando se disponía a arrojarla al agua, la japonesita brincó con los pies hacia arriba. Alcanzó a su adversaria por el abdomen, cogiéndola desprevenida, pues la creía inconsciente total.

La negra salió volando fuera del *tatami,* mientras lanzaba un grito de auténtico pánico.

El gigantesco caimán se dirigió, raudo, hacia ella cuando algo voló por el aire y una empuñadura negra quedó en el lugar que correspondía al ojo derecho del gran saurio, que coleteó con fuerza, salpicando agua en derredor.

Nadie comprendió lo que ocurría, ni tuvo tiempo de entenderlo, porque se apagaron las luces. Todo, absolutamente todo, quedó a oscuras.

—¿Qué pasa? —rugió Rusell a través del micrófono, pero éste tampoco actuaba por falta de fluido eléctrico que lo alimentase.

Se creó una confusión, hubo gritos de chicas y se oyó claramente el chapoteo en el agua.

Nadie sabía lo que pasaba, pero todos deseaban marcharse de allí. La situación parecía haberse puesto fea, muy fea.

Las chicas no cesaban de chillar, como si las hambrientas fauces del caimán las persiguiera a cada una de ellas.

CAPÍTULO V

El millonario Russell estaba muy enfurecido por aquel apagón total en su palacete, pues los jardines también habían quedado a oscuras.

Sus vigilantes habían estado atentos, con sus linternas, para controlar la situación, y las azafatas guiaron a las bellas secretarias hasta las casetas para que se vistieran, pues sus patronos habían dado por terminada la visita. Después de todo, ya habían llegado a un acuerdo.

La luchadora de raza negra llegó nadando a la orilla, escapando así de la piscina.

La oriental no se había atrevido a lanzarse al agua y permanecía sentada sobre el *tatami*, esperando que el destino decidiera su suerte.

—¿Por qué diablos no viene la luz todavía? —rugió Rusell a Von Shetler, que se había colocado cerca de él.

—La situación está controlada —respondió, con su marcado acento alemán—. El jefe de mantenimiento dice que ha habido un contacto seguido de incendio, y se han quemado los principales cables de la línea. Han tenido que salir a cortarla al exterior, y están poniendo cables nuevos. La avería es grave, pero la resolverán provisionalmente.

Cerca del grupo de mafiosos y financieros sin escrúpulos, había varios vigilantes armados de metralletas y con potentes linternas iluminando la mesa.

Incluso, habían acercado tres coches, dejando los faros encendidos. Uno de ellos iluminaba la puerta del palacete, otro, la mesa y un tercero, la zona de las casetas donde las secretarias se vestían a toda prisa.

—¿Cuánto tardará en venir la luz provisional?

—Creo que poco.

—¿Cuánto es poco? —preguntó Rusell.

Von Shetler no necesitó responder: la luz se hizo y todos suspiraron más tranquilos No parecía haber pasado nada, y tampoco había sonado un solo disparo. La única anormalidad que podía verse claramente era que el gran caimán no aparecía por la superficie de la piscina, sino que se había ido al fondo.

Nadie se preocupó de mirarlo, sólo la japonesita budoka, que, asomándose al borde del *tatami* flotante, observó que la bestia no se movía y que, de vez en cuando, ascendían unas gotas de sangre hacia lo alto. Pero había tanta agua que aquella sangre, al disolverse, apenas dejaba rastro rojo.

La japonesa ignoraba la longitud y anchura de la hoja de acero que se había metido por el ojo del caimán, incrustándose en su cerebro, al parecer.

El hambriento reptil había descendido a morir al fondo de la piscina. Luego, si no lo sacaban antes, cuando se formaran gases en sus tripas, estómago y pulmones, iría ascendiendo poco a poco hasta flotar en la superficie.

Viéndole así, la japonesita que había conseguido lanzar a su adversaria al agua cuando ella misma ya estaba vencida nadó hasta la orilla y salió de la piscina, alejándose a toda prisa sobre la hierba, con el *judogi* empapado.

Los nuevos socios de Rusell decidieron despedirse. Rusell, sonriente, dijo:

—Todo irá estupendo, ya lo verán; un negocio fabuloso, del que ninguno se arrepentirá. Disculpen por la avería, estos palacetes ya tienen algunos años encima y siempre pueden gastar malas bromas. Nos pondremos pronto en contacto.

Los chóferes de cada automóvil se fueron acercando para recoger a sus respectivos propietarios.

Henry Kolter, que tenía cerca de él a una de las dos secretarias que le habían acompañado a la singular cena de negocios, preguntó a Rusell:

—¿Y Virgy? No la veo por aquí.

—No se preocupe, estaba muy nerviosa y ahora reposa. Mañana pondremos un coche a su disposición y se presentará en su oficina —dijo Rusell, sonriendo significativamente.

Henry Kolter comprendió, y no quiso perder su participación en los negocios. Iba a hacer falta bastante maquinarla y él la tenía

parada, y no sólo iba a cobrar, sino que tendría participación en aquella sociedad que acababa de constituirse de forma no oficial.

—Está bien, mañana me la envía o, si lo prefiere, ya la recogeré yo mismo en la plantación. Si ha de descansar una o dos semanas, mejor que un día, si a usted le parece bien.

—¡Magnífico, magnífico, sabía que comprendería…! —le dijo Rusell, palmeándole la espalda—. Siempre tengo la puñetera manía de encapricharme de lo que más se me resiste, y al final resulta lo mejor, con lo que más disfruto.

—Lo supongo, pero tenga cuidado; hay chicas que no saben aceptar bien el juego.

—Yo sé cómo conseguir que todas jueguen, claro que sí. Hasta la vista, Kolter, espero que tenga la maquinarla dispuesta. Pronto comenzaremos a trabajar.

Canallescamente, Henry Kolter subió a su «Cadillac» blanco, dejando a Virgy Hamilton en poder de Rusell, convirtiéndose así en una especie de proxeneta o tratante de blancas, pues la acción había sido violenta y totalmente en contra de la voluntad de la muchacha.

Los autos se fueron alejando y el «Cadillac» también.

Salieron a la carretera, ya que el palacete estaba en el área sur de Río de Janeiro.

De pronto, unos focos potentes comenzaron a hacer señales, pidiendo paso. El chófer del «Cadillac» aceleró, pero el coche que le venía detrás insistía, pidiendo paso.

—Es un loco —opinó el chófer del «Cadillac»—. Va a una velocidad suicida, y encima, pide paso.

—Desacelera y déjalo pasar —le ordenó Henry Kolter, que estaba pensativo.

A su lado, la secretarla que regresaba con él, fumaba lánguidamente mientras mostraba sus piernas generosamente, tratando de captar la atención de su patrón.

El coche que demandaba paso les rebasó, pero también él había decelerado, y se escucharon los inconfundibles ruidos de los neumáticos perdiendo aire.

No habían visto que, por debajo de la portezuela del coche que les adelantaba, a escasos centímetros del suelo, aparecía una punta de fresadora, que les cortó los dos neumáticos laterales.

El poderoso coche que les había rebasado se detuvo ante ellos, y

de él descendió la voluminosa figura de Ricky, que se acercó sonriente al «Cadillac».

El chófer de Kolter se apeó para observar las ruedas y se volvió hacia Ricky, sorprendiéndose de su gigantesca figura.

—¿Cómo me ha reventado los neumáticos?

Ricky le dio una respuesta rápida y contundente. El chófer estaba agachado e inclinado hacia delante y recibió un puntapié entre las dos nalgas que, alcanzándole de lleno, le estrelló de cabeza contra la plancha del «Cadillac», que quedó abollada y el chófer tendido en el suelo.

Sin dejar de sonreír, Ricky abrió la portezuela y agarró al secretario de Henry Kolter por el cuello, con su manaza. Jaló de él y la cabeza del secretario rompió parte del volante. Todo ocurría en cuestión de segundos, y la secretaria lanzó un grito.

Ricky cogió la manecilla de la puerta posterior, donde se hallaba Kolter. Tiró de ella con tanta fuerza que se quedó con la manecilla en la mano, pues Kolter, asustado, había cerrado desde el interior. Ricky, sin dejar de sonreír, asestó un puñetazo al cristal, haciéndolo estallar. Luego cogió la puerta y la desencajó, sacándola de cuajo de sus goznes.

Henry Kolter quiso saltar por encima del asiento a la parte delantera, pero Ricky lo cogió del brazo y lo sacó del coche violentamente. Una vez fuera, le dijo con su pésimo idioma:

—Sólo… sólo quiero que coja una… una carta…

Henry Kolter le observó a través de sus gafas, asustado. Iba a gritarle a aquel gigante japonés que estaba loco, pero se lo tragó, por si acaso.

Ricky le mostró un juego de cartas, puesto en abanico. Obedeciendo al juego, pues sólo viendo cómo había quedado el coche convenía ser obediente, Henry Kolter sacó un naipe y lo mostró a Ricky.

Éste lo miró a la luz de los faros del coche, mientras la secretaria permanecía acurrucada, muerta de miedo, dentro del coche, mirando a Ricky como si fuera un verdadero monstruo.

—Ha… ha tenido suerte, mu… mucha suerte. Un… un as, sólo un pun… to… Quítese, quítese las gafas.

—¿Qué me quite las gafas? —repitió con un nudo en la garganta.

—Sí, so… sólo un punto.

Henry Kolter, desarmado y solo, pues el chófer yacía junto al coche, y su secretario tenía la cabeza abierta, se quitó las gafas, sudoroso. Ricky fue estricto: un punto, un puñetazo, pero fue suficiente para que Henry Kolter quedara tendido unos metros más atrás, boca arriba y con la mandíbula fuera de sitio.

Ricky se guardó los naipes y sacó los cuerpos de la carretera para que no quedaran visibles para otros automovilistas.

La secretaria parecía querer pasar inadvertida. Temía a Ricky y, por lo que estaba sucediendo, no le faltaba razón.

Ricky se acercó al maletero. Golpeó con los nudillos y obtuvo respuesta.

La cajuela se abrió desde el interior y apareció la figura de Juanito Chancleta, totalmente vestida de negro, al estilo de los *ninja*.

—Si no llego a agujerear el suelo, nos ahogamos… —suspiró, señalando a la bellísima joven rubia, envuelta en una sábana y profundamente dormida, aunque, de vez en cuando, su cuerpo tenía ciertas contracciones musculares.

—He… he escu… cuchado todo. ¿Lo he… he hecho bien?

—Claro que sí, Ricky. Anda, sácala con cuidado, es una pieza muy delicada.

—Muy… muy bo… bonita.

Ricky la tomó entre sus poderosos brazos y la llevó al «Daymio» mientras Chancleta se quitaba parte de la indumentaria que le había hecho ser invisible en la oscuridad provocada por él mismo, al quemar el sistema eléctrico del palacete.

Virgy Hamilton fue depositada en el asiento posterior del «Daymio» y cubierta por la bandeja para que no quedara a la vista. Chancleta guardó la filmadora de Savage y se sentó al volante.

—Termina ya, Ricky —pidió el portorriqueño.

El gigante se acercó al «Cadillac» blanco y, por donde faltaba la puerta, dijo a la chica que había dentro:

—Sa… sa… salga, por favor.

—¡No me haga daño, no me haga daño, soy doncella!

—Yo no, yo no. —Rió Ricky, siempre muy cortés y ceremonioso.

La secretaria se apresuró a salir.

Ricky tuvo cuidado de sacar al secretario de Kolter del coche.

Después, comenzó a balancear el lujoso auto hasta que, en un momento dado, lo cogió por debajo de las portezuelas Lo levantó en el aire y consiguió volcarlo. Como había una pendiente al lado de la carretera, el «Cadillac» fue dando vueltas de campana hasta llegar al fondo, donde se detuvo, con mucho ruido de chatarra.

La compañera de Virgy temblaba de pies a cabeza. Estaba temiendo lo peor para ella.

—No… no diga nada a la po… policía porque él —Ricky señaló a Kolter—, se iba a enfadar.

Le dedicó una pequeña reverencia y se dirigió al «Daymio», entrando por la portezuela posterior e instalándose en su enorme butacón giratorio, puesto que el portorriqueño iba a ser el conductor.

De esta forma se alejaron, dejando a la chica a solas en la oscuridad, y junto a tres cuerpos tendidos. No cabía duda alguna de la inmensa fuerza del japonés de dos metros de altura y ciento ochenta kilos de peso, un peso que no estaba constituido de grasa, sino de carne.

CAPÍTULO VI

Magda, la elegante y bella esposa del millonario Rusell, había sido la primera en encontrarse con los ojos especialísimos, verdes y casi hipnotizadores, de Moses P. Savage.

Magda no se había alarmado en exceso al quedarse sin electricidad en el palacete, optando por refugiarse en un cuartito. Allí a la luz de una vela, había esperado pacientemente.

Temía que cualquier día alguien acabara con Rusell de un balazo. Su marido tenía demasiados enemigos, ansiosos de ajustarle las cuentas y con motivos más que suficientes y justificados.

No se produjeron disparos, y oyó los motores de los coches alejándose. La fiesta había terminado, y ella no tuvo ningún deseo de despedirse de nadie. Todos los invitados que habían acudido al palacete eran fáciles de clasificar y ninguno de ellos le caía bien, pese a que ella tampoco era una santa.

Con la aparición de aquellas beldades en mono-tanga, estaba segura de que su marido no la molestaría ni se daría cuenta de que ella desaparecía de escena.

—¿Quién eres? —preguntó, mirándole muy de cerca, escrutándole.

—Un hombre —respondió Savage, lacónico, con una media sonrisa cargada de ligero cinismo.

—Ya veo. Alto, joven, viril, guapo y tienes la cara limpia.

—¿Limpia?

—Sí, limpia. —Suspiró—. A los cerdos se les nota en la cara; también a los supuestos hombres buenos y patriarcales, que no son más que déspotas implacables, pero que hacen que sean sus secuaces los que manejen el látigo, mientras ellos pasan a los cuadros con expresión beatífica y repartiendo unas moneditas y panecillos entre los pobres. Tú, no, tú tienes la cara limpia. No serás un guardaespaldas de uno de los invitados, ¿verdad?

—¡Oh, no!, sólo soy un periodista americano; he venido a charlar con Rusell.

—¿Para un reportaje? —preguntó ella, riéndose.

—Puede ser.

—No me digas… ¿Cómo te llamas?

—Savage.

Le rodeó el cuello con sus brazos, se colgó materialmente de él, y lo besó en la boca prolongadamente.

Magda no era ninguna novata, y sí una experta en lides amorosas. Mientras, Moses P. Savage dejó que su tacto comprobara que la señora Rusell seguía siendo una señora estupenda.

Como Magda lucía un escotadísimo vestido de noche, sostenido en los hombros por finos tirantes, le quedaba prácticamente toda la espalda descubierta, hasta unas pulgadas por debajo de lo que podía llamarse cintura.

Por ello, Savage pudo deslizar las yemas de sus dedos, con la presión justa, a lo largo de las líneas nerviosas de la espalda, sólo conocidas a fondo por la técnica oriental.

El cuerpo femenino se estremeció, casi se encogió, apretándose contra el hombre, mientras temblaba ligeramente.

—¿Cómo lo haces, cómo lo haces? —repetía, casi sin voz—. Sigue, sigue, sigue…

Los dedos de Savage continuaron por debajo de los cabellos, acariciándose nuca y cabeza de tal forma que a Magda le pareció que no iba a resistirlo; sin embargo, pedía:

—Más, más, más…

—Muy bonito —aplaudió ligeramente y con sarcasmo Rusell, al sorprenderlos en la confortable biblioteca del palacete.

Magda no era precisamente una niña, y jamás había sido una mujer que se abandonara fácilmente en las alas del amor, con todo lo que implicaba de sexo y sentimientos que anulaban voluntades, transportando a espacios que carecían de tiempo y donde los colores y los sonidos eran distintos y podían muy bien no corresponder a los que los demás mortales sentían.

Más, en aquella ocasión, había sido diferente, totalmente diferente…

No se asustó lo más mínimo al ser sorprendida abrazada a aquel desconocido. Volvió la cabeza hacia su marido, y le preguntó

abiertamente:

—¿Por qué no te largas?

Rusell parpadeó, y luego, en sus pupilas hubo un brillo homicida, un brillo que se concentró en aquel hombre alto, de cabello abundante e intensamente negro y lacio, algo largo, de piel bronceada, mandíbula dura y ojos muy grandes, de pupilas verdes.

La línea de su boca podía hacerse dura en fracciones de segundo o ser altamente sensual.

M. P. Savage tenía anchos hombros y, al mismo tiempo, su apariencia era delgada. Todo en él era músculo, sin una gota de grasa, y no es que pudiera verse porque vestía impecable *smoking*, pero se adivinaba que bajo la ropa había un cuerpo recio y perfecto. Y de eso estaba completamente segura Magda, que seguía sin apartarse de él, abrazándole sin que Savage hiciera nada por retenerla.

—Debo felicitarle. Ha obtenido usted de mi mujer lo que yo mismo no he conseguido de ella.

Se acercó a uno de los cajones de la biblioteca y abrió una caja de tabaco, colocando la tapa contra Savage, de modo que éste podía ver los cigarros. Sacó uno de ellos.

—Si quiere tomar su pistola de esa caja para apuntarme con ella, le diré que no es necesario. No he venido a atacarle.

—¿Quién es usted? No recuerdo haberle invitado a mi casa. ¿Lo has hecho tú, querida?

—¿Me meto yo en tus líos, que llevas delante de mis narices, a los ojos de todos, y en esta misma casa? —le preguntó Magda con agresividad, arreboladas las mejillas. De pronto, había perdido su frialdad habitual y se mostraba impulsiva y casi violenta.

—No vengo a atacarle ni me ha invitado su esposa, por ello no es preciso que empuñe la pistola que guarda en esa caja. Además, podría ser peligroso.

—¿Peligroso, para quién? —inquirió Rusell sacando la pistola de la caja y empuñándola.

Todo ocurrió en una fracción de segundo.

A Rusell le dio la impresión de que le saltaban los huesos del interior de su muñeca, de que se quedaba sin mano. No tuvo ni tiempo de ver cómo aquel hombre se apartaba de Magda y le propinaba un puntapié justo en la muñeca, que hizo volar la pistola

al otro lado de la estancia, antes de que hubiera podido quitarle el seguro, por lo que no llegó a dispararse sola.

—¡Estúpido! —Le insultó su esposa—. Ya te ha dicho que no iba a atacarte. ¿No ves que es más listo que tú, más ágil y más fuerte, más joven y más…?

Le pasó la mano por el cuello y el pecho, tras acercársele de nuevo.

—Me ha sorprendido, pero eso no servirá de nada. La casa está llena de mi gente; tengo muchos vigilantes, y ellos saben luchar a su estilo. Además, llevan armas.

—Eso es cierto —corroboró Magda—. Ten cuidado, porque tiene la casa plagada de matones y chicas negras, capaces de partirle el cuello a cualquiera como si fuera una gallina.

—Sería absurdo dar la alarma, cuando vengo a proponerle algo que puede interesarle, Rusell. ¿Porqué, si no, cree que me hubiera arriesgado a entrar en su palacete?

—Es cierto, porque eso es un suicidio. ¿Cómo lo ha conseguido? Es una curiosidad que tengo.

—Este hombre ha encontrado un punto débil en tu casa y rabias por saber cuál es, ¿verdad, querido? —Se volvió hacia Savage—. ¡No se lo digas, que sufra, que reviente! Tiene tanta confianza en ese siniestro Von Shetler que había creído que su refugio era totalmente inexpugnable para visitantes furtivos como tú, y basta ver el *smoking* para comprender que ni te has ensuciado ni has tenido que cavar túneles. Estás perfecto, como si acabaras de apearte de un «Rolls-Royce». Un cuerpo tan perfecto como el tuyo merece un coche también perfecto, Savage.

—¿Savage? —repitió Rusell, palideciendo.

—Es su nombre, él me lo ha dicho —dijo Magda.

—¿Savage, el marrullero del reportaje? —preguntó Rusell.

—Parece que ya ha leído o visto algo de mi cosecha.

—Sé que eres un chantajista peligroso —silabeó.

—¿Peligroso? —repitió Magda, ácida—. No lo será más que tú.

—Cállate y déjanos solos, aquí todo puede acabar mal.

—No, si no se pone nervioso ¿Le duele la mano?

—Me las has roto, no puedo mover los dedos —gruñó sosteniéndose la mano afectada. Savage se acercó a la estantería. Cogió un libro al azar y le ordenó sin vacilaciones—: Muérdalo.

—¿Cómo, estás loco?
—Haz lo que te dice —insistió su mujer.
Rusell se encontró con el libro delante de los dientes y lo mordió.
Savage le cogió la mano y el brazo, efectuando unos movimientos especiales.
Los dientes de Rusell rechinaron alrededor del libro, mientras se ponía rojo y luego pálido. Al fin, Savage le soltó la mano y le quitó el libro de la boca.
—Ya está. Con un poco más de tiempo, le habría preparado anestesia; sólo era una luxación.
Rusell se miró la mano y movió los dedos normalmente. Le dolía, pero había recobrado la movilidad de la mano, que creía rota.
—Eres un tipo listo, ¿eh?
—¡Tienes manos de oro, de oro! —exclamó Magda, volviendo a buscar los labios de Savage ansiosamente.
—Por favor, ahora no, en otro momento. Tengo que hablar de asuntos importantes con su marido.
Mientras Rusell terminaba de frotarse la mano y tomaba un nuevo cigarro, pues el anterior había caído al suelo, Magda sacó disimuladamente un llavín numerado, y lo puso en la palma de la mano de Savage. Era un llavín de oro, y no hacía falta explicarle al joven para qué servía.
—Siempre habrá un momento para ti —dijo. Y abandonó la estancia.
—¿Fumas? —preguntó Rusell.
—No, gracias, conservo los pulmones limpios.
—¿Temes al cáncer? —le dijo, burlón.
—Ni más ni menos que cualquiera, sólo que no necesito fumar para hablar con alguien y así tener las manos ocupadas.
—Conque periodista, ¿eh? Tienes dotes naturales para ser psicólogo, pero luchas demasiado bien, por la prueba que acabas de darme. Había oído que existía un reportero llamado Savage que era un chantajista marrullero y, además, un magnífico budoka, pero que no competía de forma oficial en ningún campeonato americano, europeo, asiático ni en olimpíadas; simplemente alguna, que otra exhibición. No cabe duda de que, si cuentan eso de ti, es que debes ser un temible budoka —le dijo, mientras una llamita de gas se

elevaba excesivamente por delante de la punta del cigarro que encendía, un cigarro con una vitola en la que ponía «Rusell», y a ambos extremos del nombre, el símbolo del dólar.

—En ocasiones, uno se mete en líos y ha de saber salir de ellos. Para esas ocasiones, las artes marciales orientales resultan perfectas.

—Me da la impresión de que tú conoces muy, pero que muy a fondo las artes marciales.

—Quizá.

—¿Eres americano-americano? Me refiero a si tu pasaporte como ciudadano USA es auténtico.

—Lo es.

Se sentó en el borde de la larga mesa de caoba antigua, con los veteados ramificados.

Rusell chupó su cigarro, y tardó en expulsar el humo. Parecía más tranquilo. Su extraño visitante no se había preocupado siquiera de recoger la pistola que estaba en el suelo, al otro extremo de la biblioteca.

—¿Tú has tenido que ver con lo que ha pasado, me refiero al apagón?

—Puede.

—¿Cómo lo has hecho?

—No suelo explicar mis métodos.

—Terminaré averiguando cómo has entrado en mi palacete; Von Shetler es un hombre muy eficaz.

—Cuando lo averigüe, le felicita de mi parte.

—Lo haré, lo haré. No se puede subestimar a Von Shetler; le tengo como jefe de mis vigilantes. Aprendió muy bien su trabajo en la SS, hace algunos años.

—Los métodos cambian, la vida evoluciona.

—Es que él ha evolucionado con el tiempo, nunca ha estado inactivo. Hay muchos países nuevos que necesitan hombres como Von Shetler para que sus fuerzas de seguridad y represión aprendan a controlar las situaciones de rebeldía.

—Lo supongo. Von Shetler no es un tipo único, aunque sí pertenece al prototipo de hombres sádicos y fríos que además tienen una computadora sin sentimientos por cerebro. En suma, un individuo repugnante.

—Pero eficiente y tiene una cosa magnífica: si en alguna ocasión

comete un error, lo memoriza de tal forma que jamás vuelve a incurrir en él.

—Como los caballos, que no tropiezan dos veces en la misma piedra.

—Algo así. Ahora, hablemos de ese asunto que has venido a proponerme, y que supones puede interesarme.

—Regresar a los Estados Unidos.

Rusell lo miró con fijeza, como si en principio no comprendiera bien. Luego, soltó una carcajada.

—¿Me tomas por imbécil? Si apareciera por allí, la ley se me echaría encima de inmediato, y no tendría suficiente dinero para pagar la fianza que exigirían. Y después de dejarme sin un solo dólar, seguro que me encerraban.

—Conozco perfectamente su fraude, sus quiebras y su escándalo. Soy reportero, no lo olvide.

—Informador del escándalo, con reportajes a grandes titulares…

—De los que la gente compra como panecillos calientes. Yo sé lo que interesa al público, y de eso informo en periódicos, revistas, radio o televisión, según donde me paguen mejor.

—Siempre vendido al mejor postor, ¿eh?

—Eso dicen de mí. —Se encogió de hombros.

—Ya, un reportaje a base de estar yo en Norteamérica entre una pareja de «polis» uniformados y delante de un fiscal que me leyera mis derechos… Sería un reportaje fabuloso para ti, ¿no?

—No estaría mal, pero yo he venido a proponerle algo mejor.

—¿Como qué?

—Digamos que, por un precio módico, prepararía su regreso a Norteamérica.

—¿Cómo?

—Actuaría como su *public-relations*, pero sin serlo, aparentemente. Para eso, nadie tendría que saber que me he puesto en contacto con usted. Yo escribiría a su favor, asegurando que le habían calumniado vilmente. Que su problema no era fraude, sino, simplemente, un tropiezo financiero, del que no le habían dejado rehacerse para saldar sus deudas.

—Eso no se lo iba a creer nadie.

—Si lo escribía yo, sí. Veamos las cosas como están… Usted ha sido y sigue siendo un gran coyote para los *camisas sudadas*. Su

padre tenía una pequeña constructora, una empresa inmobiliaria que apenas daba para el alpiste de un canario. Su padre murió, dejándole el negocio. Usted era más astuto que su progenitor y pronto descubrió lo rentable que era la especulación del suelo, pero había que andarse con pies de plomo, porque son muchos los que consultan a su abogado antes de realizar una compra o una inversión.

»Puso sus ojos en los chicanos, ciudadanos de segunda clase, nos guste o no. En su mayoría son pobres, pero trabajan como diablos y, si alguien se preocupaba de recoger lo que ellos ganaban, asunto concluido para hacerse millonario. Por ello, compró parcelas al sur de Los Ángeles, y montó sus urbanizadoras.

»Construyó casas de muestra y comenzó a vender a crédito, con sustanciosas entradas, que los Bancos gestionaban, gravadas con altos intereses. Pero esa gente trabajadora deseaba poseer un hogar digno, una casa donde vivir, con sus respectivas familias. Usted les prometió escuelas, zonas deportivas y áreas ajardinadas, un paraíso.

»Les proyectó filmes de urbanizaciones que nada tenían que ver con las suyas y que los chicanos creyeron que iban a tener, de forma más o menos parecida. Les vendió las parcelas, las casas, les cobró; montó además unas inversoras para ciudadanos que quisieran ganar elevados intereses apartando capital para adquirir viviendas, que luego se alquilaban a otros chicanos… Un fenomenal lío de ventas, alquileres, inversoras financieras con diferentes nombres y al mismo tiempo, acogiéndose a las leyes sociales del Gobierno para ayuda a la construcción de viviendas para las clases sociales más necesitadas, recibió sustanciosos créditos.

»Por si faltaba algo, hipotecó con diferentes Bancos las parcelas de las que usted sólo había pagado los primeros plazos a sus propietarios, de modo que cuando se descubrió el pastel, los chicanos habían dejado sus ahorros, sus sudores, en sus manos… Las parcelas regresaban a sus anteriores dueños, los créditos del Gobierno federal habían desaparecido y por ahí andan danzando muchas hipotecas que provocan problemas jurídicos, de modo que, con sus líos, ha sido tan listo que se ha llevado el dinero de los chicanos, de algunos Bancos, fondos del Estado para ayuda a la vivienda social e inversiones de particulares en sus sociedades fantasmas. Y ha arramblado con ese botín de la misma manera que

un mago en un escenario escamotea una paloma dentro de su frac, a la vista de todos, sólo que la paloma ha ido a parar a su cazuela.

—Sí —asintió Rusell, sonriendo sarcástico—. Eso lo saben todos en Los Ángeles; por eso he de vivir aquí en el Brasil.

—Además, cuatro o cinco jefes chicanos aparecieron muertos de forma aparentemente accidental. Supongo que fueron los primeros en descubrir su pastel.

—Eso fue cosa de Von Shetler.

—Ya, usted no es tan estúpido para mancharse las manos de sangre, directamente. En fin, lo que yo quería decirle es que su situación no es tan mala, si se sabe llevar.

—¿Cómo?

—Todo es cuestión de dinero.

—Esa máxima la aprendí desde pequeñito.

—Usted va a montar nuevos negocios aquí en Brasil, con esos tipos que ha tenido alrededor de su mesa esta noche.

—¿Los conoce?

—A algunos, en especial a los dos orientales; son especialistas en plantaciones de drogas. ¿Piensa establecer una plantación de drogas en el Brasil, a lo grande…?

—Veo que no se te puede engañar. Este país es muy extenso, y una plantación, si se escoge el lugar adecuadamente, puede pasar desapercibida. Además, la tierra es muy fértil, y esos orientales son expertos en montar plantaciones de opio, que pueden dar morfina y después heroína.

—Ya, tiene la opción de convertirse en el primer plantador de droga del mundo, y todos los intermediarios de la mercancía vendrían a comprarle a usted. Un negocio redondo, que le proporcionaría en cantidad suficiente como para saldar todas las deudas que tiene en los Estados Unidos. De este modo, no tendría acusación civil, y su caso se arreglaría en seguida; una pequeña fianza y quedaría en la calle como él más honorable de los financieros y sentado sobre sus millones.

—Saldar esas deudas no es fácil; no me fui con las manos vacías precisamente.

—Lo sé. Si hubiera sido un guerrillero político, a lo peor la CIA ya lo habría capturado, pero como solo es un capitalista que ha robado a los que confiaron en usted, esperan que se le ocurra

regresar. Como posee millones, puede multiplicarlos, lo malo es que no tuviera nada. Partiendo de la base de que está forrado en oro, y el dinero atrae al dinero, en el plazo de dos años, la primera cosecha de su plantación habrá dado su fruto en dólares, y podrá saldar sus deudas, a través de un Banco, desde el propio Brasil. Así, cuando llegara a California, nadie se le echaría encima. La gente aplaude con facilidad al que antes quería romperle el pescuezo si ya le ha pagado, y piensa que, encima, puede darle algo más.

—¡Hum! Eso no está mal del todo. ¿Y cuál sería tu labor, Savage?

—Escribir bien de usted.

—¿Y quién iba a publicar algo que nadie creería?

—De eso me ocuparía yo, pero usted tendría que ayudarme.

—¿Cómo?

—Haciendo algunas declaraciones, dejándose fotografiar junto a niños famélicos del Tercer Mundo, a los que ofrecería camiones de comida. Eso sólo sería una parte de los comentarios, claro. Lo más sabroso sería decir que usted acusa de calumnia a los que le acusan a su vez. Que los negocios le fueron mal, y que lo único que desea es rehacerse, pero que no le dejaron tiempo. Usted haría unos donativos generosos, por ejemplo a una guardería de niños huérfanos chicanos, a una asociación de veteranos de la guerra de Corea, y a algunas sectas religiosas para que pudieran salir de problemas económicos. ¿Cómo cree que hablarían de usted esas sectas religiosas, esos centros de beneficencia? Y la gente les hace caso, y se crearía un clima favorable, no en un día, por supuesto, pero se conseguiría, ya lo creo que sí.

—No andas muy descaminado, Savage. Después de todo, no me acusan de ningún delito de sangre y así se puede perdonar con más facilidad. Si mucha gente honorable habla bien de mí, no estaría mal, pero ¿cuánto me costaría ese programa de reivindicación de mi honorabilidad, en ese período de dos años que tardaría en multiplicar mi dinero para pagar lo que he robado y que luego no me persiguieran?

—Creo que, en un principio, con un cuarto de millón saldríamos adelante.

—Eso es mucho dinero.

—No, si piensa que todo se divulgará ampliamente y, después,

cuando su situación pública y ciudadana se haya restablecido, ese dinero le será descontado de los impuestos.

—Piensas en todo, ¿verdad?

—Sí, especialmente en cien mil dólares, aparte de ese cuarto de millón que sería la parte inicial por mis servicios, que no se harían públicos, por supuesto. Como verá, mi propuesta está bastante clara, usted puede aceptarla o rechazarla, nadie le obliga a nada, pero le estoy ofreciendo la posibilidad de trabajarse el regreso a los Estados Unidos, con todos los títulos de honorable Rusell, rehabilitado su maltrecho prestigio. Usted, aparte de pagarme y dejarle trabajar libremente, a mi manera, sólo tendría que preocuparse de multiplicar aquí sus millones, con sus nuevos socios.

—Me gusta, me gusta tu proposición; la verdad es que me parece muy inteligente. Algo largo ese plazo de dos años de espera, pero me gusta; sin embargo, siempre hay un «pero».

—¿Cuál?

—¿Cómo sé que, si te doy mi dinero, no te lo vas a embolsar y luego, *si te he visto no me acuerdo*?

—Tendrá que fiarse de mí, Rusell; no obstante, no va a correr riesgos inútiles.

—¿Quién me lo garantiza?

—Usted personalmente y, mientras es filmado, hará entrega del dinero de las donaciones. Yo me ocuparé de traerle a los receptores de los donativos, con sus credenciales correspondientes, al aeropuerto de Río de Janeiro. Después, cuando aparezcan publicados mis primeros reportajes a su favor, en periódicos y revistas norteamericanas, me paga mi primera parte del trato. Ya ve que las primeras gestiones las hago yo por mi cuenta, fiándome de usted. Le aseguro que su imagen va a ser la de uno de los más importantes filántropos americanos, y va a ser muy difícil que un jurado le condene, máxime si ha pagado a todos los que se consideraron estafados.

—Savage, si consigues todo eso de mí, te voy a nombrar jefe de mi departamento de *public-relations*.

—Gracias, pero me gusta ser libre y hacer los negocios a mi manera.

—Como quieras. ¿Cuándo empiezas a trabajar?

—Cuando le haga las primeras fotografías con niños pobres, a

los que usted ofrecerá alimentos. Sé que tiene una plantación.

—Bueno, no es exactamente una plantación; por ahora es sólo un refugio dentro de la Amazonia.

—Y allí piensa ubicar su plantación para surtir al mundo de drogas, claro.

—Quieres hacer fotografías allí, ¿verdad?

Savage se encogió de hombros.

—Donde usted prefiera. He de convencer a sus futuros beneficiados de que es usted un filántropo calumniado. De lo contrario, podrían rechazar sus dádivas, y lo que le hace falta a usted es publicidad como ser caritativo. ¿Estamos de acuerdo?

—Si. Prepararé unos camiones de alimentos, con sacos que llevarán mi nombre impreso. ¿Puedes trucar las fotografías de forma que cinco camiones parezcan quince o más?

—Claro que sí. Parecerá una columna de socorro, y hasta va a ser condecorado por las autoridades brasileñas, si es que se lo creen.

—No te preocupes, lo creerán; yo también tengo amigos aquí, que ayudarán a que se traguen la *bola*. Me caes bien, Savage, pero hay momentos en que temo que seas demasiado listo y astuto, y eso puede costarme caro.

—¿Caro, de qué forma?

—La verdad es que no veo de qué forma puedes perjudicarme. Todos los periódicos, revistas y noticieros audiovisuales han arrojado tantas toneladas de basura sobre mí que un poco más, a estas alturas, ya no me perjudicaría. Y robarme sería estúpido, no lo conseguirías jamás. A mi lado, por muy inteligente que seas, sólo eres un ratoncito.

—De acuerdo. Cuando quiera ponerse en contacto conmigo, llame a este número de teléfono.

Rusell tomó la tarjeta. Tras darle una ojeada, preguntó:

—¿Has venido en coche o pongo uno a tu disposición?

—Le agradecería que me lo prestara.

—Daré orden por teléfono.

Rusell marcó un número interior, y no tardó en aparecer el mismísimo Von Shetler con su monóculo, que se quedó mirando fijamente a Savage.

—Este hombre, que yo sepa, no ha pasado por la puerta principal.

—No te equivocas, Von Shetler. Este hombre, un reportero llamado Savage, me ha demostrado que hay puntos vulnerables en la vigilancia del palacete.

Von Shetler apretó sus labios con fuerza y preguntó:

—Ha sido él quien ha saboteado el fluido eléctrico, ¿verdad?

—Sí, ha sido él. Pon un coche a su disposición, y que se marche sin problemas. Savage y yo tenemos ahora negocios en común, y no quiero que le ocurra nada.

—Comprendido —aceptó Von Shetler, mascando las palabras.

Al llegar a la puerta, Moses P. Savage sacó de su bolsillo el llavín de oro. Se lo lanzó por el aire a Rusell y dijo:

—Creo que esto le pertenece a usted y no a mí. Aprovéchela, vale la pena. Sólo hay que saber tocar el piano en el momento justo.

Rusell apretó el llavín de oro en su mano y vio desaparecer a Savage, sin decirle nada. Se guardó el llavín, y caminó por el salón, dio vueltas por la casa, preocupado, y salió al jardín.

Uno de los vigilantes se acercó para entregarle un *Aicuchi*, un cuchillo de larga hoja, afiladísima y de doble filo, con mango negro.

—Míster Rusell, con esto han matado al caimán. Quien se lo ha lanzado, ha de tener mucha fuerza en el brazo y la muñeca. Por su puntería, debería estar en un circo de exhibición.

Sacó una tarjeta, en la que había un número escrito a máquina y el nombre de M. P. Savage.

Un coche se alejaba ya por la puerta principal, conducido por M. P. Savage, que salía con todos los honores del palacete.

Von Shetler se le acercó, gruñendo:

—Ese Savage es un tipo muy peligroso.

—Eso mismo pensaba yo ahora.

—No se preocupe, lo van a seguir. El coche que le hemos prestado lleva un emisor, que hará que quienes le sigan no pierdan su pista.

—Bien hecho, Von Shetler, un error hay que compensarlo con una labor eficiente. Ahora, la llave.

—¿De la bella durmiente?

—¿De quién, si no?

—No se resistirá. La va a encontrar en su estado óptimo, señor Rusell.

Rusell subió la escalera y escogió la habitación que coincidía con

el número de la llave que acababa de entregarle Von Shetler.

Abrió con sigilo, la estancia estaba a oscuras. Se adentró en la alcoba y se acercó a la cama. Allí se encontró con la desagradable sorpresa de que la cama estaba vacía, y en la almohada, con un pincel y pintura para maquillar los ojos, habían escrito:

«SAYONARA, RUSELL».

—¡Maldita sea! —masculló.

Agarró la almohada y la arrojó lejos. Vio la ventana abierta y miró hacia abajo. La altura no era grande, pero sí suficiente para dañarse en una mala caída.

Rugió por lo bajo, aquello no lo esperaba. Estuvo a punto de gritar de cólera; al fin, salió de la habitación y llamó:

—¡Von Shetler, sube en seguida!

Cuando Von Shetler vio el dormitorio, no daba crédito a lo que veía.

—¡Seguro que la he dejado aquí!

—¡Pues se ha escapado, que la busquen de inmediato!

—Sí, sí, haré que registren todos Los jardines con los perros… Los perros olerán la cama, y luego buscarán el rastro; la encontraremos.

—¡Pues a buscar, hale, a buscar!

El palacete se puso en movimiento, escuchándose ladridos de perros entrenados. Entonces, Rusell sacó el llavín de oro de su bolsillo y gruñó para sí:

—Si no hay luz y no hago ruido, la una por la otra…

CAPÍTULO VII

Virgy Hamilton tuvo la sensación de que una legión de horripilantes demonios, con patas de cabra, la perseguían. Ella corría descalza, sangrándole los pies, por unas cavernas rojas. Hacía calor, mucho calor, sudaba mientras corría, oyendo tras sí respiraciones jadeantes.

Le dolían los pies, las rodillas, las piernas en general y los pechos, de tanto correr.

Las sienes le latían con fuerza, mientras el fuego parecía alcanzar sus cabellos, que le abrasaban el cerebro, impidiéndole pensar.

De pronto, uno de los sátiros barbudos y con ojos como carbones encendidos, consiguió alcanzarla con sus manos, que puso encima de su cuerpo desnudo. La derribó y Virgy luchó por defenderse. Aquel demonio jadeaba, dominándola, y entonces le vio la cara.

—¡Rusell, no, no…!

Agitada, con opresión pulmonar, se incorporó, despertando de la horrible pesadilla.

Todo su cuerpo estaba empapado de sudor, totalmente bañado, desde las plantas de los pies a las raíces de los cabellos. Sentada sobre la cama, apartó de sí la sábana que le cubría.

Jadeó y respiró hondo hasta que se tranquilizó, clarificándose su cerebro y comprendiendo que todo había sido una pesadilla. Recordó lo que había sucedido y se miró a sí misma. Vestía todavía el mono-tanga, y se hallaba sobre la cama de una habitación, que podía pertenecer a cualquier hotel o apartamento.

Tenía dos puertas y una litografía enmarcada colgando de la pared, representando una pintura del carnaval de Río, en la noche.

La ventana estaba abierta por una persiana. Miró a través de ella y vio el césped verde. Fue hacia una de las puertas y descubrió que correspondía a un cuarto de aseo completo.

Empapada tal como estaba de sudor, pensó que un baño o por lo menos una ducha la beneficiaría, pero tenía la necesidad de escapar. Aún tenía la sensación de hallarse atrapada, y no podía liberarse de esa angustia, como tampoco de una extraordinaria sequedad en su paladar.

Comprendió que la otra puerta sería la que le brindara la posibilidad de huir, pero se daba cuenta de que su indumentaria no era la más idónea para escapar, intentó recordar dónde estaba su ropa, y entonces descubrió una prenda sobre una butaca que tenía en la habitación.

Lo tomó entre sus dedos, y la elevó ante sus ojos. Era un judogi, el kimono para prácticas de artes marciales orientales. Aquella prenda era de color violeta-morado y en la espalda tenía bordada una flor de pensamiento amarillo.

El cinturón negro estaba al lado. Virgy se puso el judogi y comprobó que, pese a que ella era alta, le caía largo. Tras cruzarse el kimono sobre sus pechos, lo sujetó con el cinturón negro.

Las piernas aparecían bellas y desnudas por debajo de la prenda, pero no quedaba más provocativo que cualquier minifalda de Mary Quant. Las manos habían desaparecido por el interior de las mangas y las arremangó haciendo dobleces hasta que sus manos quedaron libres.

Al abrir la puerta, descubrió una salita en penumbra. Había una lámpara local que, desde una mesa, Iluminaba un mapa desplegado en el suelo. Había una regla, Un bolígrafo, un teléfono y también una taza y una gran tetera. Alguien había estado trabajando en el suelo, sobre la moqueta color avellana suave.

Abrió más la puerta y salió despacio, viendo los pantalones que faltaban al judogi que ella vestía.

Los pantalones violeta-morados los llevaba puestos un hombre, al que no recordaba haber visto jamás. Aquel hombre estaba en una postura yoga, la Sirshasana, o por lo menos así se lo pareció a Virgy, al verle cabeza abajo con las manos tras la cabeza y los pies hacia arriba, en una inmovilidad completa, y los ojos suavemente cerrados, de modo que los párpados no formaban pliegues.

—No te aconsejo que te marches, ahora. Esto es un *bungalow* de alquiler, y ya no estás en manos de Rusell —le dijo el hombre, que ni siquiera había abierto los ojos.

Virgy vaciló y se lo quedé mirando atentamente. El desconocido, por lo que estaba viendo, ya que tenía el torso desnudo, poseía una recia musculatura, pese a su aparente delgadez. A todas luces, era joven y fuerte, y no parecía querer perseguirla; no obstante, se decidió a preguntarle:

—¿Eres uno de los matones de Rusell?

—No. Entre mis amigos y yo te hemos sacado del palacete de Rusell. Supongo que, al descubrir que no estabas donde Von Shetler te había dejado, se habrá llevado un buen disgusto. Como mujer, hay que admitir que eres una joya.

—¿Os ha enviado Kolter a rescatarme?

—¿Kolter, tu patrón?

Moses P. Savage, con una agilidad asombrosa, tras abrir los ojos, se dobló sobre sí mismo e invirtió su cuerpo; los pies quedaron abajo y la cabeza arriba.

—Henry Kolter tuvo un tropiezo en la carretera. Su «Cadillac» se estropeó un poco al rodar por un terraplén, y Kolter debe estar en una clínica, con la mandíbula desencajada. No, no nos mandó él, y te sugiero que busques otro empleo; ese tipo te ha vendido. Por obtener unos contratos, ese Kolter vendería a su madre; no es un sujeto de fiar.

Virgy vaciló ligeramente, se sentía muy cansada. Ignoraba quién era el hombre que tenía delante y que aseguraba haberla salvado, pero se sentía tranquila en su presencia.

—Tienes razón, me vendió como si yo fuera una zorra.

—Lo vi todo. Las otras no se hubieran resistido, pero tú sí. Hasta vi cómo arrojaste al agua el reloj que te regalaban.

—¿Dónde estabas tú?

—Tras unos setos, con la ayuda de mis amigos, te sacamos del palacete. En realidad, Rusell está preocupado por sus negocios, por multiplicar sus millones de dólares, pero tú eras un capricho muy hermoso, que podía redondear la noche.

—Me drogaron.

—Lo sé. Un baño de agua fría, una aspirina y té con relajamiento, y volverás a ser tú misma.

—Quiero irme —dijo Virgy, al verle muy cerca, aunque no retrocedió.

—Ahí está la puerta. Para mí sólo eres un problema en mis

planes, un problema agradable, lo admito. Uno de mis amigos traerá ropa a tu medida Puedes marcharte ahora o esperar a que él llegue, eres libre, nadie te retiene; pero, por tu bien, sal de Río de Janeiro. Rusell tiene dólares y, por esos dólares, sus sabuesos son capaces de darte un disgusto, y también Henry Kolter, que anda resentido por el accidente que ha tenido.

—¿Chocó con tu coche?

—No, chocó con mi amigo Ricky.

—¿Qué chocó con tu amigo? No lo entiendo.

—Es difícil que ahora entiendas algo, y yo tengo trabajo que hacer; hace un momento, con la Sirshasana, recuperaba energías. En cuanto a ti, es mejor que te relajes un poco.

—¿Qué quieres hacerme? —preguntó Virgy, mirándole directamente a los ojos.

—Sólo tranquilizarte. Si no fuera así, podría hacer algo más que tranquilizarte. Anda, siéntate en el brazo del sofá.

Virgy obedeció, sin objeciones. Tras ella, Savage le cogió el judogi por la abertura del escote y lo echó hacia atrás, desnudándole la espalda.

Ella siguió sin decir nada, y los dedos del hombre comentaron a trabajar en sus músculos, en sus líneas de fuerza de la espalda, en sus nervios, por la nuca y parte posterior del cráneo, introduciendo los dedos entre los cabellos.

Virgy tuvo que admitir que jamás había sido objeto de un masaje tan agradable y relajante. Era incapaz de mantener los ojos abiertos, como una gatita que es acariciada por su amo.

De súbito, se abrió la puerta del *bungalow y* apareció un hombre.

Virgy volvió la cabeza para mirarlo y trabajo le costó levantar los párpados. Las manos de Savage eran supertranquilizantes; eran manos que hechizaban, mas al ver a aquel gigante, se asustó, ahogando un grito.

—No temas, sólo es mi amigo Ricky —le dijo Savage. Levantó el cuello del judogi, dejando la espalda femenina cubierta de nuevo.

La muchacha parpadeó, sin dar crédito a lo que veía. Ricky parecía haber descendido de otro planeta. Para entrar en el *bungalow,* había tenido que agachar la cabeza, y por si fuera poco sus dos metros diez de estatura, no le faltaba mucho para los doscientos kilos de peso. Pese a todo, parecía buena persona.

—Ahora comprendo por qué has dicho que Kolter ha chocado con tu amigo Ricky.

—¿Se… se encuentra bien? —le preguntó Ricky con su pésimo idioma, pero muy ceremonioso, como era su costumbre.

—Él te sacó del portamaletas del «Cadillac» de Kolter, donde te habíamos metido entre Chancleta y yo —aclaró Savage.

—¿Chancleta también es de tu grupo? —preguntó Virgy, encarada con el hombre de los ojos verdes y cabello intensamente negro y lacio.

—Sí, los tres andábamos cerca de ti. Quitamos la luz del palacete y aprovechamos para actuar en la oscuridad. Te sacamos de la habitación donde te habían encerrado, y te metimos en la cajuela del «Cadillac» de tu patrón. Fue un poco difícil sacarte por la ventana, pero lo conseguimos, y abrir un portamaletas para Chancleta es cosa de risa. Después Ricky hizo detener el «Cadillac» en la carretera y os sacó de él.

—¿Nos?

—Sí, Chancleta salió contigo del mismo coche.

—Entonces, Kolter me vio salir de la cajuela…

—No, no, Kolter no po… podía ver nada, había sa… sacado un As —dijo Ricky.

—No entiendo nada —objetó la chica.

—Traducido —explicó Savage— es que Ricky le propinó un puñetazo y, como comprenderás, un puñetazo de Ricky es lo mismo que recibir un tiesto de geranios que se ha desprendido desde un octavo piso. Por eso está Kolter en la clínica, pero no dirá nada a la policía, no le interesa que la ley meta la nariz en sus asuntos. Lo hará pasar como un simple accidente de circulación. Por cierto, Ricky, ¿has recogido lo que te encargué?

—Sí.

—¿Pesa mucho?

—No, no pesa.

—Bien, hay que seguir trazando el plan a seguir, todo debe estar en su sitio en el momento adecuado. Contrataremos un avión de transportes de vehículos… —Miró a Virgy y preguntó—. ¿Tienes hambre?

—Pues, pues… —se tocó el estómago—, ahora que lo dices, sí. ¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí?

—Eso es lo de menos ahora. Ricky, ve al *selfservice* y tráete una ración para ti, a lo occidental.

—Yo, yo he cenado.

—Ya lo sé, pero con una ración para ti, cenaremos ella y yo. No quiero que se sepa que Virgy está aquí, andarán buscándola.

—Sí, sí, en seguida Iré yo mismo, así, así no ven… vendrá ningún ca… camarero a mirar.—— Perfecto, Ricky.

Ricky salió del *bungalow* y Virgy no pudo por menos que preguntar:

—¿Es un poco cretino?

—Tiene un IQ de 160.

—¿Ciento sesenta? ¡Eso es una inteligencia extraordinaria!

—Pues Ricky la tiene natural, sólo que para los idiomas es fatal y como siempre anda sonriendo y además es tan grandote, parece tonto, pero no le plantees ningún problema complicado porque te vas a sentir en ridículo tú misma.

—Todo esto es sorprendente. ¿Y tú quién eres, en realidad?

—¿Yo?

—Sí, tú.

—Meses Pacific Savage; con Moses, o Savage, es suficiente.

—¿Savage, el reportero de los escándalos?

—El mismo. Mi objetivo, ahora, es hacerle un reportaje a Rusell. Muchos lo han intentado, desde que huyó de Los Ángeles de California, pero ninguno lo ha conseguido.

—¿Y tú lo conseguirás?

—Espero que sí.

—¿Y te estás jugando la vida por un reportaje?

—Mal reportero sería, si no lo hiciera así.

—Savage, no te imaginaba tal cual eres. En tus reportajes nunca salen fotografías de ti mismo y, en general, todos los reporteros suelen aparecer en sus propios reportajes.

—Será que no soy demasiado vanidoso.

—Si salieras así, tal como eres, tendrías un éxito entre el elemento femenino.

—¿Y cómo soy?

—Si me dejas que te bese, podré saberlo un poco mejor. Después de todo, estoy muy agradecida.

—¿Me permites un momento?

—Sí, claro.

Savage buscó un mechero que no empleaba para encender cigarros, puesto que no fumaba. Cogió entre las uñas uno de los tornillos y jaló de él, convirtiéndolo en una antenita.

—Atención, atención, «Día» llama a «Sol». Atención, atención, «Día» llama a «Sol». Tras aguardar, se escuchó una voz inconfundible.

—Aquí, aquí «Sol», escu… escucho, «Día», cambio.

—Trae la cena dentro de un par de horas, atiende bien, dentro de un par de horas. Mientras, no dejes que nadie se acerque a «Día», cambio.

—Que… que lo paséis bien, cambio, fuera.

—¿Ves como no tiene nada de tonto? —le dijo Savage a Virgy.

Dejó el micro emisor-transmisor en el suelo, acercándose al sofá donde la mujer aguardaba, con los labios ardientes y trémulos. Empezaba a sentir un suave calor y pensó que el judogi sobraba.

CAPÍTULO VIII

Moses Pacific Savage, Ricky y Juanito Chancleta llegaron al palacete de Rusell en un poderoso coche *jeep*, comprado en una agencia de automóviles usados.

Juanito Chancleta, que era un excelente mecánico, lo había dejado a punto, soldando incluso planchas supletorias, de modo que si tenían que pasar por lugares abruptos no se rompieran piezas vitales y fueran esas planchas las que recibieran el golpe. Luego, una mano de pintura aplicada a pistola, y había quedado que no se notaba nada anormal.

—Has venido preparado, ¿verdad? —preguntó Rusell mirando a Savage.

—Sí, vengo a hacerle las primeras fotografías, tal como acordamos.

—Perfecto. Quiero que hagas una muy especial.

—¿Especial? —repitió Savage mientras Von Shetler sonreía satisfecho.

—Sí, ven. Tus amiguitos pueden quedarse aquí; que no se muevan, mis hombres están armados y tienen el dedo fácil para el gatillo —advirtió Rusell.

Von Shetler añadió:

—Y también saben luchar a su manera, Savage.

—Ricky, Chancleta, quedaos junto al coche hasta que vuelva.

Les siguió hasta cerca de la gran piscina. Savage notó que apenas tenía agua; sólo un palmo, quizá dos.

—Acérquese más, y mire al fondo de la escalera —pidió Von Shetler.

—¡Savage! —gritó angustiada la voz de Virgy Hamilton.

La joven, con pantaloncitos y blusa, tenía los brazos atados de espaldas contra la escalerilla que descendía al fondo de la piscina, con los pies metidos en el agua.

—¿Qué significa esto, Rusell?

—Savage, eres muy listo, y quiero saber hasta qué punto. Tú te llevaste a la chica, y nosotros la hemos vuelto a encontrar.

Von Shetler, satisfecho, explicó:

—Consiguió despistarnos, dejando en el Morro Da Urca el coche que le habíamos prestado y tomando en otra parte un taxi, pero tenemos amigos y sabíamos algo importante: un coche tan singular como el «Daymio» que tienen ustedes, de tres ejes, no es fácil de esconder y, averiguando su paradero, dimos con el *bungalow*.

—¿Quién les dijo lo del coche?

—Henry Kolter. El pobre ha tenido que escribirlo en una libreta porque no podrá hablar en dos meses. Algo tan potente como una locomotora y duro como un diamante le fracturó la mandíbula y lo ha dejado sin muelas. En fin, ya ve que descubrimos su escondite, y ahora nos hará una exhibición de cómo salva a una chica en peligro.

—¿Qué pretende, Rusell?

—Si la salva es suya y no la molesto más.

—¿Salvar de qué?

Von Shetler sacó un silbato y dio dos pitidos.

En uno de los costados de la piscina se levantó una trampilla y apareció inmediatamente la cabeza de un gigantesco reptil.

—¡Una anaconda! —No pudo por menos que exclamar.

—Eso es, Savage, una anaconda. Está hambrienta y Virgy parece suave y tierna. Von. Shetler, ¿cuánto medirá este bichito?

El interpelado, sonriente, aclaró:

—Sólo mide ocho metros y pesa alrededor de media tonelada.

—Si sacas a Virgy, sin armas, no la molesto más; te consideraré de veras un tipo que vale y te perdonaré la jugarreta que me hiciste, aunque después de todo, debería estarte agradecido; jamás he pasado una noche tan buena con mi esposa, claro que ahora me odia más que nunca. ¡Qué curiosas son las mujeres!

—¡Savage! —chilló Virgy, aterrorizada, viendo a la anaconda color verde oscuro avanzar por el agua hacia ella, con sus enormes fauces.

Aquel animal podía engullirla entera después de quebrantar sus huesos.

Savage no tenía tiempo para discutir y descendió por la escalera

hasta llegar sobre la rubia cabeza de la joven. Saltó por encima de ella cayendo con los pies en el agua, interponiéndose entre la mujer y la gran serpiente, obviamente agresiva y feroz, por el hambre que tenía.

Arriba, además de las cabezas de Rusell y Von Shetler, aparecieron las de otros vigilantes del palacete para presenciar lo que ocurría.

M. P. Savage se preparó para la defensa y el ataque contra la bestia utilizando el arte del
kung-fu
, basado en el movimiento y la lucha de los animales, llevado a la mismísima esencia por el espíritu y la mente del hombre.

Su cuerpo cambiaba de posición a cada instante, mientras sus brazos se adelantaban, se encogían, giraban, y sus manos hacían lo propio, atrayendo la mirada del reptil, que comprendió que, antes de llegar a la apetitosa presa atada a la escalerilla, tendría que acabar con aquel hombre que casi le hipnotizaba.

En aquellos dos palmos de agua, la gran anaconda se movía como un pez y ascendía alcanzando una altura muy superior a la del propio Savage.

De pronto, éste saltó, propinando una patada a la serpiente por debajo de la mandíbula, enfureciéndola. Dio fuertes sacudidas con su gigantesca cola, salpicando agua en torno suyo.

El combate entre la bestia y el hombre era feroz y brutal.

Con pies y manos, Savage fue propinando fuertes y contundentes golpes a la anaconda, pero ésta encajaba muy bien y se iba acercando más a Virgy, sobre la que puso su cola, como dando a entender que aquella presa era suya.

—Seguro que se la come —dijo Rusell, divertido.

Savage lanzó una gélida mirada al millonario y después se acercó a la anaconda, comprendiendo que, a distancia, no lograría dominarla; pero se jugaba la vida de Virgy y la suya propia.

Aquellos tipos eran unos sádicos repugnantes, y Rusell quería hacerle pagar la jugarreta que le había gastado llevándose a Virgy del palacete.

Siguió con la técnica del
kung-fu
.

Cuando estuvo junto a la anaconda, ésta, con un golpe propinado con su hocico, consiguió derribarlo, alcanzándole en el pecho. Después, la bestia se abalanzó sobre él, aplastándolo con su brutal peso y comenzando a enroscársele, mientras abría sus enormes fauces.

Savage sujetó el cuello de la serpiente para que las mandíbulas no se cerraran sobre él.

Luego apartó su diestra y concentrándose, sacando su *kiai* silencioso de Lo más íntimo de su ser, comenzó a darle golpes de karate justo detrás del ojo, en oblicuo.

La anaconda aumentó su presión, pero su boca comenzó a expulsar chorros de sangre, que cayeron sobre el hombre, tiñéndolo de rojo.

Savage siguió golpeando a la bestia en el punto vital.

Le hizo saltar los ojos, le destrozó el cerebro y partió su cerviz, mas el cuerpo de la anaconda seguía asfixiándole, pese a que sus mandíbulas habían dejado de ser peligrosas. La cabeza estaba totalmente destrozada.

Tras unos minutos de tensión, consiguió quitarse al monstruo de encima porque dejó de sacudirle.

Savage se lavó con agua, al tiempo que buscaba aire; estaba exhausto.

—¡Savage, Savage! ¿Estás bien? —le preguntó Virgy angustiada.

Fue hacia ella, la besó en la boca y le quitó las cuerdas que la sujetaban.

—Anda, sube, ya eres libre —le dijo.

Ya arriba los dos, con el monstruo muerto abajo, tiñendo el agua de la piscina con su sangre, Rusell le dijo:

—Debo felicitarte. Savage. Von Shetler había organizado este pequeño juego en tu honor, asegurando que no lograrías desembarazarte del bichito.

La mano de M. P. Savage salió disparada de costado en un *atemi waza* imprevisto, cogido en horizontal, ligeramente en círculo y de izquierda a derecha.

Von Shetler, alcanzado en el entrecejo, salió despedido desde lo alto de la piscina para caer sobre la anaconda, que le sirvió de colchón y catafalco, porque aquel tipo repugnante quedó quieto boca arriba, con el monóculo incrustado en la cuenca de su ojo

izquierdo.

—Ahora tendrá que buscarse a otro sujeto que le prepare las diversiones, Rusell.

—¿Lo ha matado? —interrogó el millonario, tragando saliva.

—No suelo hacer cosas así, pero hay tipos que se lo ganan a pulso. Pueden decir que ha sido la anaconda quien lo ha matado.

—Savage, tiene unas manos mortíferas.

—Espero que no lo olvide, Rusell. Ahora vamos a su biblioteca; Virgy aguardará en el coche que he traído.

Nadie se atrevió a decir o hacer nada, ningún vigilante osó empuñar un arma.

Rusell había cogido miedo, aunque dentro de su palacete todavía se sentía seguro.

—¿Qué ha pasado? —interrogó Juanito Chancleta al verle.

—Todo va bien. Coge la filmadora y entra con nosotros; tú, Ricky, quédate aquí en la puerta.

—Sí, sí.

—Virgy, tú sube al coche y espera. No te preocupes, todo va bien.

—Gracias, Savage, gracias, me has salvado una vez más.

Rusell, temeroso de una posible y desagradable reacción por parte de Savage, similar a la que había acabado con la vida de Von Shetler de una forma fulminante, llamó:

—Vosotros cuatro, entrad con nosotros y no os separéis de mí.

Los tres vigilantes y la jefe de azafatas, una negra elástica y entrenada, que podía tumbar a un judoka cinturón negro primer Dan, le siguieron.

Todos juntos entraron en la biblioteca; nadie estaba muy seguro de lo que iba a pasar en los minutos siguientes.

Rusell había querido llevar sus juegos sádicos demasiado lejos y la respuesta de M. P. Savage estaba siendo contundente.

CAPÍTULO IX

—¿Por qué no lo dejamos para otro día? —gruñó Rusell nervioso.

—Siéntese en la butaca. Le vamos a filmar y a grabar ahí sentado, verá cómo quedará muy bien. Poca luz… —Fue corriendo cortinas—. Y ahora, usted ha de relajarse, relajarse mucho.

—¿Qué pretendes?

—Mire mis ojos, Rusell, fíjese en mis ojos. Está nervioso y para hablar ante la cámara necesita tranquilizarse. Relájese, relájese… La filmación sonorizada saldrá mejor, mucho mejor. Usted no siente ningún daño y un suave calor invade su cuerpo. Usted se duerme, se duerme, se duerme…

Savage le decía todo aquello con su voz grave y convincente, mientras movía los dedos alrededor de su cara y hacía girar en círculo sus pupilas verdes.

Poco después, Rusell comenzó a respirar más fatigosamente.

—Permanezca dormido hasta que le pregunte —le ordenó.

Chancleta había dejado la filmo-grabadora sobre la mesa de caoba y sostenía desplegado en su mano el fuerte trípode de acero telescópico que habría de sostener la cámara.

Los vigilantes se miraban entre sí, preocupados. Era obvio que Rusell acababa de ser hipnotizado en sus mismísimas narices.

—¡Ahora, Chancleta!

La reacción fue rápida y coordinada, iniciándose una desigual pelea de dos contra uno. Rusell seguía con los párpados cerrados, respirando como dormido.

Savage se enfrentó contra dos de los vigilantes mientras Chancleta, saltando sobre la mesa, se las entendía con el otro vigilante y la mujer, una experta luchadora.

El trípode, utilizado como un *bo,* describió círculos, asestando golpes contundentes.

Las armas saltaron de las manos de los vigilantes, sin tiempo

para emplearlas, mientras Savage, para terminar pronto, usaba el Tae Kwon Do.

Con pies, codos y manos, fue estrellando a sus enemigos contra las paredes. Las sillas se partieron y los anaqueles fueron derribados en parte esparciéndose los libros por la moqueta.

La azafata negra al ver caer a los tres vigilantes, intentó huir, alcanzando la puerta, peno Savage la sujetó por un brazo.

Ella se giró, propinándole un codazo en el abdomen que Savage acusó, pero tuvo tiempo para reaccionar y asestarle un golpe en el cuello, que le quitó la sangre del cerebro. La negra dobló sus rodillas y cayó al suelo inconsciente.

—Tú también dormirás un buen rato —gruñó Savage, respirando profundamente—. ¿Te encuentras bien, Chancleta?

El pequeño y ágil portorriqueño asintió.

—Sí, esto ha ido bien.

Mostró su improvisado *bo*, es decir, el trípode.

—Pues, prepárate, comenzamos la entrevista. —Se volvió hacia Rusell y le dijo—: Ahora, Rusell, abrirá los ojos e irá respondiendo despacio a mis preguntas. Se encuentra bien, muy bien, nada le ocurre. Usted desea regresar a los Estados Unidos y lo conseguirá, porque va a sacar muchos millones de su plantación de droga. ¿No es cierto?

—Sí, es cierto.

Savage miró a Chancleta. Éste había preparado todos sus artilugios para la filmación y sonorización de la entrevista.

—¿Cómo se llama usted?

—John Brown Rusell —respondió el interpelado, bajo un estado hipnótico que no iba a notarse en la filmación.

—¿Usted estafó a los chicanos con la urbanizadora?

—Sí.

—¿Va a devolverles el dinero que se llevó?

—Sí.

—¿Usted se someterá al juicio de las leyes norteamericanas?

—Sí.

—¿Pagó a sicarios para que asesinaran a unos chicanos que fueron los primeros en descubrir su estafa?

—Sí.

Savage continuó formulando preguntas muy intencionadas que

Rusell, en su estado hipnótico, no podía rebatir. Al final, Savage le dijo:

—Ahora, como tiene su futuro asegurado, y no teme a nada, recogerá el dinero que guarda oculto y nos acompañará, porque usted no tiene miedo. Todos sus cabos están bien atados y se siente protegido. Vamos, levántese, le acompañaremos a buscar el dinero que robó.

—Sí, estoy seguro, seguro.

Se levantó y echó a andar, sin ver nada más que la puerta, ignorando la biblioteca destrozada y los cuerpos tendidos de sus vigilantes.

Savage cerró la biblioteca, y él y Chancleta siguieron a Rusell por una escalera que descendía a un sótano.

Rusell manipuló en un resorte de la pared, siempre bajo los efectos de la hipnosis, y una pared entera se desplazó literalmente, dejando al descubierto una caja fuerte empotrada, muy grande y moderna.

Sobre una especie de ojo fotoeléctrico, Rusell aplicó la esfera de su propio reloj y con la mano derecha, comenzó a manipular las ruedas de la numeración hasta que la puerta cedió, abriéndose.

En el reloj eléctrico de Rusell radicaba la clave para abrir la caja de caudales, y eso sólo lo sabía él y el fabricante, que guardaba celosamente los secretos de sus clientes.

Ante ellos aparecieron dos enormes maletas negras, que no pesarían menos de quince kilos cada una, llenas de billetes grandes USA. Allí había millones en dólares norteamericanos.

—Rusell, usted cogerá una maleta y yo otra. Pronto será usted un hombre honorable.

—Sí.

Obedeció, tomando una maleta y Savage la otra. Abandonaron el subterráneo, subiendo al salón, y se dirigían a la salida cuando apareció Magda, con una pistola en la mano.

—¡Quieto, Savage!

—Magda…

—¡Me la jugaste, canalla, no viniste tú a mí sino él, él!

—Era lo justo, es tu marido, ¿no?

—¡Cerdo, te voy a matar!

—Sería una pena, ¿no crees? —le dijo, mirándola intensamente

con sus ojos verdes—. A lo mejor, cualquier día volvemos a encontramos y te compenso generosamente.

—¡Debería matarte, pero eres algo demasiado perfecto y la naturaleza misma no me lo iba a perdonar si te llenaba de plomo! John, deberías aprender de él, aunque eso no se puede aprender… Por cierto, ¿qué diablos te pasa, es que encima de lo de anoche no quieres hablarme?

—Está algo preocupado, luego te telefoneará. *Sayonara*, Magda, seguro que algún día nos vemos. Rusell, Vaya al coche.

—Sí, al coche…

Subieron al automóvil, y Magda quedó muy sorprendida, ante el extraño comportamiento de su marido. Savage, notándolo, le ordenó:

—Salude a su esposa con la mano, Rusell.

El millonario obedeció, sumiso.

Abandonaron el palacete. Todos allí quedaban confundidos, sin saber qué hacer. Von Shetler estaba muerto y Rusell no daba órdenes.

Cuando Magda entró en la biblioteca y descubrió en parte lo que había ocurrido, salió gritando al porche:

—¡Perseguidlos, perseguidlos, ha secuestrado a mi marido, lo ha secuestrado!

Mas ya era tarde para cerrar la puerta de la finca; el coche rodaba por la carretera.

Tres coches partieron en su persecución con gente armada dentro.

Savage apretó el acelerador hasta salirse de la carretera general hacia el interior del país, metiéndose en su misma selva.

El coche fue atacado, tal como se había previsto, incluso recibió impactos de balas, pero los coches de sus perseguidores fueron quedando atrás, destrozados e inutilizados, mientras el vehículo fugitivo seguía adelante.

Horas más tarde, llegó a una choza donde aguardaba el «Daymio». Sobre él había dos cajas largas, de casi cuatro metros de longitud. Dentro de ellas yacían sendos caimanes disecados.

Aquella noche tuvieron mucho trabajo.

El dinero fue introducido en el cuerpo de uno de los caimanes y Rusell, ya narcotizado a base de jeringuilla, sin siquiera haber

despertado de la hipnosis, fue embutido dentro de la piel del otro lagarto.

Reemprendieron la marcha a través de la selva hasta una pequeña población donde les aguardaba un avión de transporte a hélice. Pasaron el control de policía, sin problemas. Los agentes tocaron los caimanes y preguntaron:

—¿Los han cazado ustedes?

—No, oficial, mire las facturas; los hemos comprado disecados, son *souvenires* —les respondió Savage.

Dejaron la «Piper-Jet» en el aeropuerto de Río de Janeiro para recogerla en otra ocasión, y emprendieron el vuelo sobre la Amazonia, en dirección norte.

Volaron horas y horas hasta llegar al norte de México. El avión de alquiler tomó tierra en el desierto de Sonora, para él no era demasiado difícil.

Desembarcaron el «Daymio» con los caimanes, y Savage, tras pagar al piloto lo convenido, se puso al volante, emprendiendo la marcha hacia los Estados Unidos, pero sin seguir carretera principal alguna. «Daymio» podía circular por los lugares más agrestes.

Rebasaron la frontera, metiéndose en parte dentro de un riachuelo. Sin ser vistos, prosiguieron hada California, ya por las autopistas generales.

Cuando Rusell despertó, con un intenso dolor de cabeza y muy fatigado, sin saber por qué se hallaba en la cama, se incorporó y vio frente a él al gigante japonés.

—¿Quién eres? —preguntó:

—Ricky, me llamo Ricky. —Sacó su micro emisor y llamó por él —: «Sol» llama a «Día», «Sol» lla… llama a «Día»… «Caimán» despierto…

—¿Qué es lo que pasa? —gruñó Rusell sin comprender nada.

—Us… usted está arre… arrepentido de lo que ha… ha hecho y se lo dirá a todos, a… todos los que esperan.

—¿Y quiénes me esperan?

—Venga, venga.

Le invitó a salir. Rusell comprendió que, sin armas, era inútil desobedecer a aquel gigante de más de dos metros y salió con él.

Se encontró frente a un grupo de hombres, que lo observaron fijamente. Eran chicanos. Savage estaba delante de ellos, y pidió:

—Calma, calma… En esas maletas negras está el dinero, pero de ellas se hará cargo un juez para distribuirlo justamente.

—¿Qué dice, Savage, de qué dinero habla? —gruñó Rusell.

Savage abrió una de las maletas que apareció repleta de billetes de mil dólares.

—La otra está igual. Usted devuelve el dinero y se somete al juicio de las leyes de nuestro país. Esta noche pasarán su entrevista por todas las televisiones del país; eso le beneficiará cuando su causa sea vista, ante un jurado.

—¿De qué habla? ¡Aquí no puede detenerme nadie, nadie!

En aquel instante, entraron en la sala unos policías de uniforme y otros de paisano, que eran federales. Todos tenían prisa por detener a Rusell y comenzaron a leerle los cargos.

—¡Están locos, locos, esto es Brasil, Brasiiiil…! —chillaba, babeando, histérico, mientras los agentes se habían cargo de él y de las valiosas maletas.

El fiscal federal se acercó a Savage y, en voz baja, te dijo:

—Por el bien que ha hecho a los chicanos y al Estado, olvidaremos lo de su secuestro a Rusell.

—¿De qué secuestro habla? Rusell ha salido de esa habitación por su propio pie y si pudo ocurrir algo fue en Brasil, no aquí; eso sí, no hablen demasiado de mí —dijo, sonriendo cínicamente.

—De acuerdo. ¿Le han pagado bien su reportaje sobre las orgías y la confesión de Rusell en la televisión?

—No puedo quejarme.

—¿Qué hace con tanto dinero como gana, Savage?

—Cuidar un jardín que se llama Libertad. Buenos días, fiscal. ¡Ah, supongo que Rusell contará muchas estupideces, sobre mí, pero no le crean, sólo está furioso, quizá con algo de enajenación mental, podrá sugerir cualquier psiquiatra!

—Comprendo.

Le tendió la mano y Savage se la estrechó.

En la calle, Ricky se acomodó en su sillón giratorio del «Daymio», ante la curiosidad de los transeúntes. Savage se acercó a sus amigos y dijo:

—Me pondré en contacto con vosotros. Tú Chancleta, llévate el «carro».

—Correcto, Savage, nos veremos pronto.

El «Daymio» se alejó, con los colaboradores de Savage a bordo. Virgy Hamilton se acercó por detrás de Savage y preguntó:

—Los aprecias mucho, ¿verdad?

—Sí, los tres sabemos lo que cuesta mantener el Liberty Garden.

—¿Qué es Liberty Garden?

—Quizá la razón de nuestras vidas en estos momentos.

En aquel instante, un coche pasó veloz junto a ellos y asomó una mano armada con un *yawara*, que tenía un dragoncito en cada punta. Savage empujó a Virgy, mas no pudo evitar que el arma le rozara a él, rompiéndole la chaqueta a la altura del pecho, al engancharse en la cresta de uno de los pequeños dragones.

—¿Qué ha sido eso, Savage? —inquirió Virgy, alarmada.

Savage, mirando el coche fugitivo, que se disolvía en la abigarrada circulación de las calles de Los Ángeles, respondió:

—No ha sido nada, sólo un estúpido que no sabe conducir.

Pero M. P. Savage sabía que jamás estaría tranquilo.

La secta oriental de sicarios de los *yawara* bicéfalos, así lo había bautizado porque, al parecer, sus miembros llevaban aquel arma, le buscarían allí dondequiera que se encontrase.

Era su espada de Damocles, de la que no podría desprenderse jamás.

El mundo estaba demasiado corrompido para dejar que crecieran en paz las flores de cerezo, en el Jardín de la Libertad.

FIN.



Rafael Barberán Domínguez (Barcelona, 1939), más conocido por el pseudónimo de Ralph Barby es un escritor español de novelas populares, también conocidas como bolsilibros o «libros de a duro» en referencia a su bajo precio. Estrechamente vinculado a la Editorial Bruguera, Rafael Barberán forma parte de los escritores de la Literatura popular española, junto con otros autores como Corín Tellado, Marcial Lafuente Estefanía, Frank Caudett o Silver Kane. Bajo el pseudónimo de Ralph Barby estaba también su esposa, Àngels Gimeno, con la que compartía la tarea de escribir. La lista total de los libros publicados por Barby cuenta con más de un millar de títulos y más de quince millones de ejemplares vendidos sólo en español, a los que habría que sumar otros tres millones en portugués. Empezó publicando novelas bélicas y del oeste en las colecciones de las editoriales Ferma y Toray, aunque su éxito llegó poco después con las novelas de ciencia ficción y horror que publicó en las colecciones de la editorial Bruguera, con la que firmó un contrato de exclusividad que duró más de dos décadas. Con el cierre de Bruguera, a mediados de los años ochenta, Rafael Barberán y su mujer crearon su propia editorial, Ediciones Olimpic. Con ella publicaron numerosas novelas del oeste y de terror. Una de sus novelas del oeste, Cinco mil dólares de recompensa, fue llevada al

cine en 1974 por el director mexicano Arturo Ripstein. Personajes estereotipados y relaciones tópicas son las características principales de sus historias, narradas casi siempre con gran desenfado, muy típico de la época en la que fueron escritas…

Notas

[1] **Sala de entrenamiento para artes marciales.** <<

[2] **Vía o camino para llegar.** <<

[3] **Reportero libre.** <<

[4] **Bastón empleado en las artes marciales. Según su longitud y la técnica empleada, recibe nombres distintos.** <<

[5] **Lanzamiento de estrellas metálicas, que pueden ser de cinco o más puntas.** < <